LASDAOALPLAY presenta

REPONEDOR 3

BLACK FRIDAY



1

Comisaría de Colorado Springs, 29 de noviembre de 2002

El despacho del teniente de policía James Ryan era una leonera, lo había sido desde el día que lo ascendieron de simple inspector a jefe de estos. Desde ese día no había tenido tiempo de pararse ni un segundo a ordenarlo, y, cuando tenía cinco minutos, prefería detenerse a leer el periódico o a tomarse un café… aunque siempre exclamara después del primer sorbo: «¡Menuda mierda de café!».

Ese día, por raro que pareciera, estaba teniendo uno de esos ratos de descanso. Era Black Friday, Viernes Negro, y, como sucedía cada año, seguramente tendrían que salir de la comisaría más de una vez a solventar pequeñas reyertas entre padres locos por conseguir el nuevo juguete para la Navidad de sus hijos, o para separar a dos señoras que se estaban peleando por algún vestido del que solo quedaba esa talla. Lo típico de esas fechas, por lo que más valía aprovechar los ratos de tranquilidad para descansar y prepararse para la batalla que estaba por llegar.

Por su parte, Ryan había decidido aprovechar aquellas primeras horas del día poniéndose al día con la sección de deportes del periódico local, en el que se podía leer la crónica de la última derrota de los Colorado Buffaloes, algo que hubiese cambiado, a pesar de gustarle el fútbol, por el resumen del baloncesto, el hockey o el fútbol europeo, pero resultaba que esa semana todos los equipos del estado habían perdido.

—Es como si se hubieran puesto de acuerdo —refunfuñó por debajo de su espeso bigote.

Sin embargo, siguió leyendo, o lo habría hecho a no ser que su ayudante más cercano, el joven detective Sam Brooks, no hubiese entrado cual torbellino en su despacho.

—¡Eh, Jim! Debes ver esto…

Sin esperar a que su jefe le diera permiso a entrar o lo que fuera, Sam se abalanzó sobre el mando de la televisión y la encendió para conectar con el canal que siempre estaba fijo en ese aparato: el de las noticias locales.

Sam se apartó, pero atendió a lo que sucedía en la pantalla.

Por su parte, Ryan permaneció impávido, como si aquello no fuera con él,

pero a medida que la voz del presentador narraba lo sucedido, empezó a prestar más atención, ya que las imágenes eran de archivo.

—... el cuerpo ha sido hallado en el interior de una tienda de bricolaje por los primeros clientes de la mañana. Por lo que esta cadena ha podido saber, cuando los trabajadores de la tienda han revisado el local como cada mañana para comprobar que todo estuviera listo, no han hallado nada extraño, pero en cuanto han entrado los primeros clientes, el terror se ha desatado con gritos y carreras alejándose del lugar y...

Ryan agitó, nervioso, el bigote, eso no le gustaba.

—¿Cómo cojones ha podido saberlo antes la prensa que...?

Sus palabras se quedaron silenciadas de inmediato cuando todos los teléfonos de la comisaría sonaron al unísono.

Los dos policías intercambiaron una mirada.

Sam apagó el televisor y Ryan dobló el periódico que tenía en las manos y lo dejó a un lado.

—Bueno, vamos a ver que ha sucedido.

Los dos policías salieron del despacho de Ryan y asomaron la cabeza para ver como los compañeros atendían a un sinfín de llamadas histéricas informando de lo que ellos acababan de ver por la televisión.

—Ya empiezan los locos —espetó Ryan con Sam a sus espaldas.

El teniente de policía puso los brazos en jarras y miró a su alrededor, a la espera de que su cerebro supiera como actuar ante aquella situación, pero al mirar al horizonte ajetreado de la comisaría cruzó la mirada con el jefe de esta que, con un sutil gesto de su cabeza, lo invitó a su despacho.

—Vamos, el jefe nos reclama —dijo Ryan.

Sam y él cruzaron la comisaría hasta el otro extremo, en el que se hallaba el gran, limpio, impoluto y diametralmente opuesto despacho del teniente. El comisario tenía servicio de limpieza, él no, o al menos las encargadas de ello se habían negado a entrar en su pocilga.

Cuando llegaron a la puerta, Sam se detuvo en el umbral, suponiendo que el comisario solo querría hablar con Ryan, pero el gran jefe se dirigió a él:

—Pasa y cierra la puerta, hijo.

El joven policía acató las órdenes en silencio y Ryan se acomodó en una de las sillas enfrente de la mesa del comisario.

El jefe de la policía un hombre de sesenta años, casi a punto de retirarse, pero su imponente figura hacía pensar que tenía energía para mucho tiempo más.

—Supongo que os habéis enterado.

—¿Cómo no hacerlo? —dijo Ryan.

El comisario sonrió.

—No es un buen pistoletazo de salida para el Black Friday, así que quiero que la situación quede controlada de inmediato, ¿de acuerdo?

Ryan asintió, Sam, de pie al fondo, atendía a todo lo que sucedía como una estatua.

—Brooks y tú os haréis cargo del caso. Llevaos a un par de uniformados. Cerrad la tienda para que los forenses hagan su trabajo y conseguid que la gente se calme. Este día ya es suficientemente loco para que la gente entre en pánico por algo como un asesinato.

—De acuerdo, jefe.

Sin más, Ryan se levantó del asiento, Sam abrió la puerta y ambos salieron.

***

El inspector Sam Brooks conducía su coche con Ryan en el asiento del copiloto, mientras que un coche patrulla los precedía. Ambos iban con las sirenas y las luces puestas y recorrían la ciudad hacia el lugar en el que se había hallado el cuerpo: una gran superficie del bricolaje a las afueras de la ciudad.

—Cuando lleguemos, acordona el lugar y deja que los chicos de uniforme impidan el paso de la gente. Después búscame, estaré hablando con el encargado de la tienda.

A pesar de la locura que era el Viernes Negro, no tardaron demasiado en llegar al lugar y aparcar los dos coches justo enfrente de la puerta de la tienda. Un lugar que tanto Ryan como Sam habían visitado en alguna ocasión en su vida privada para hacer alguna chapuza en casa.

En cuanto los dos coches de policía llegaron al lugar, la turba de curiosos que había ante las puertas se disolvió, y más cuando estos no tuvieron reparos en atropellarlos sino se hacían a un lado. En días como esos, la policía tenía un poco de cancha para imponer la ley al precio que fuera.

Mientras Sam y los dos agentes cumplían con lo que había dicho Ryan, este se

encaminó a las puertas mostrando la placa que siempre llevaba colgando del bolsillo del pecho de su americana. De inmediato un hombre con el ridículo uniforme de la tienda se abalanzó sobre él.

—Hola, buenos días, agente…

—Teniente… Teniente Jim Ryan.

—¡Oh! Disculpe —se acobardó—. Como iba a decirle, teniente, soy Steve Trenton, el encargado de la tienda. Gracias al cielo que han llegado, nos ha costado Dios y ayuda sacar a la gente de la tienda, incluso había un hombre mayor que se había atrincherado con las herramientas por miedo a un ataque terrorista.

Ryan lo observó alzando una ceja con suspicacia.

—¿De verdad?

—Sí, así es.

—Me habría gustado verlo —bromeó.

Con el encargado siguiéndolo como un perrito faldero, Ryan cruzó las puertas automáticas de la tienda y se adentró en ella.

—¿Queda alguien en el interior? —preguntó.

—No, los trabajadores han sacado a la gente y se han quedado fuera.

—Perfecto. ¿Dónde está el cuerpo?

El hombre empezó a sudar y se puso blanco.

—Po-Por aquí —tartamudeó.

Con pasitos pequeños y nerviosos, el encargado lo condujo hasta el pasillo en el que se había hallado el cuerpo.

—Aquí, junto a las herramientas de medir —explicó Trenton señalando el pasillo sin mirar hacia él y negándose a dar un paso más.

Ryan lo miró de reojo y se adentró en solitario, comprendía que lo que fuera que pudiera ver no era agradable para él. En realidad no lo era para nadie, pero menos para un civil cualquiera.

—Gracias…

Tranquilamente, el veterano teniente de la policía de Colorado Springs, que había visto de todo en sus casi veinte años de carrera, se quedó petrificado.

A mitad del pasillo, había el cuerpo de un hombre que había sido ahorcado por una cinta métrica y colgado del cuello a casi tres metros del suelo, haciendo que los pies estuvieran bamboleándose a dos palmos de las baldosas, en las que había un pequeño charco de sangre que goteaba de unas heridas en el cuello de

la víctima.

—Mierda —masculló Ryan entre dientes—. No es posible.

Hizo ademán de girar sobre sus talones para ir a buscar a su compañero, pero este apareció de inmediato a su lado, distraído.

—¿Qué tenemos, Jim? —preguntó.

De entrada, el teniente no respondió, sino que cogió del hombro a su amigo y le obligó a mirar hacia el cadáver.

—¿Te suena de algo?

Sam alzó la mirada y contempló la escena. Aunque diez años atrás él no había visto el cadáver, había escuchado suficientes veces el relato de boca de Ryan para quedarse sin respiración.

—No... No... No es posible.

—Yo he dicho lo mismo chico.

Ambos recordaban aquella noche de 1992 en la que ambos, junto con un grupo de personas, se habían quedado encerradas en un *resort* en construcción, mientras un sádico asesino los cazaba uno a uno. Ellos habían sido los únicos supervivientes y ahora veían ante sus ojos como se reproducía la primera muerte de aquella ocasión.

—Debe ser una coincidencia —afirmó Sam intentando darse ánimos.

Sin poder apartar la mirada del cuerpo de la víctima, Ryan preguntó:

—¿Qué te dije de las coincidencias el primer día que dejaste el uniforme?

Sam miró al que había sido su amigo, mentor y ahora compañero durante los últimos diez años y respondió:

—Que no creyera en ellas.

—Exacto.

—Pero no puede ser. Murió.

—También así lo creyeron las supervivientes del Crystal Mall en 1988.

—Pero ¿ahora? ¿Diez años más tarde? ¡Imposible! ¿No?

Jim Ryan iba a responder, pero de repente la presencia de una persona le alertó. A la entrada del pasillo, a sus espaldas y mirando hacia el mismo lugar, un policía de uniforme interrumpió su conversación.

—Mi teniente... ¡Joder! —exclamó.

—Contrólese, agente —lo cortó el teniente—. ¿Qué quiere?

—La prensa quiere hablar con usted.

—Ya lo sabe, no voy a decir nada.

—Lo sé, lo sé. Es un periodista que quiere entregarle una cosa.

Ryan frunció el ceño. Dudó por un instante, pero, finalmente, actuó.

—¿Dónde está?

—En la entrada.

—Muy bien, voy para allá. Usted quédese aquí, que no se acerque nadie al pasillo y mucho menos al cuerpo. Sam, ven conmigo.

Los dos inspectores salieron de la escena del crimen y se encaminaron de nuevo al exterior, donde un par de coches patrulla más se habían unido al control de la gente que estaba como loca para entrar y curiosear en la tienda. A un lado de la entrada, tal y como le había dicho el agente, un periodista lo esperaba, un cámara apoyado en la pared a su lado y su aparato apagado.

«La cosa va en serio», pensó Ryan.

—¿Teniente Ryan?

Este asintió.

—Seguro que se pregunta como es que me enteré tan rápido de la noticia.

—Puede que me lo pregunte, sí.

—Muy sencillo. —Con un rápido gesto, extrajo un papel del interior de su chaqueta y se lo entregó a Ryan—. Llegó a mi despacho ayer por la tarde, lo abrí esta mañana a primera hora.

Era un sobre a nombre del periodista, sin matasellos ni remite. Ryan la abrió y empezó a leer.

2

Cabizbajo y concentrado en las palabras que había en aquella hoja de papel, fue como si Ryan se evadiese de la realidad y cayera en un mundo imaginario de una mente perturbada. Lo que estaba leyendo se escapaba de cualquier cosa lógica que hubiese podido concebir en cuanto había visto el cadáver y había empezado a teorizar sobre lo que estaba ocurriendo.

Claro que no quería pensar en… ni se atrevía a llamarlo por su nombre y, mucho menos, por el apodo con el que la prensa se hizo eco de los dos incidentes en los que estuvo relacionado. Y, ahora, esto, una carta.

«No puede ser verdad, otra vez no», se dijo mientras sus pupilas seguían las letras que una impresora había marcado en aquella hoja de papel.

Nadie lo distrajo durante su lectura y, además, Sam se encargó de que nadie lo hiciera, siguiendo con las tareas de coordinación en cuanto llegaron los efectivos de la científica al lugar de los hechos.

Cuando hubo terminado, alzó la mirada, se frotó el puente de la nariz y soltó un resoplido. Aquello estaba a punto de superarlo.

—Empiezo a ser demasiado viejo para esta mierda —protestó, rezando para que el día de su jubilación llegase pronto.

Al ver que había terminado, Sam se acercó a Ryan.

—¿Algo interesante? —preguntó por decir algo, ya que seguía consternado por lo que pudiera ser en lo que estaban envueltos.

Ryan lo observó con la mirada cansada y le entregó la carta.

—Léelo tú mismo y dime que opinas.

Por defecto profesional, Sam cogió la carta y la sopesó, era un papel corriente. En él solo había letra impresa por una impresora y, a primera vista, no se veían marcas de defecto en la hoja que pudieran llevarlos a algún modelo o a algún proveedor. Después de este análisis rápido, se fijo en las palabras, y fue entonces cuando un escalofrío le recorrió lentamente la espalda.

Estimados teniente James Ryan e inspector Sam Brooks de la policía de Colorado Springs:

Si estáis leyendo esto seguro que ya habéis encontrado el primero de mis

pequeños obsequios que os he preparado en el centro de bricolaje. No he podido evitar regresar para celebrar el décimo aniversario de nuestro último encuentro. Todavía recuerdo como me encerrasteis en aquella trampa mortal… Pero debéis saber que yo no puedo morir, no lo hice en 1988 y tampoco en 1992. Ahora, en 2002, justo en una de las fechas de mayor concurrencia a los comercios de todo el país, he pensando en adelantar la Navidad y preparaos varios regalos. No voy a deciros dónde van estar ni cuando os los voy a entregar, será un juego con el que nos divertiremos este Viernes Negro, tanto como os divertisteis conmigo aquella noche de julio, pero esta vez no vais a tener la suerte de contar con nadie que se sacrifique por vosotros y os permita escapar con vida. Esta vez no vamos a jugar en un tablero cerrado, todo el mundo es mi coto de caza y ya sabéis cuan buen cazador soy yo. Así que, sin alargarme más, solo os advierto de que estéis preparados por lo que pueda ocurrir, ya que estaré acechándoos a los cuatro en todas las sombras y esquinas de la ciudad. Divertíos… mientras podáis.
Vuestro querido amigo,

El Reponedor

De entrada, Sam quedó impresionado y el miedo se apoderó de él. Soltó un silbido y alzó las cejas antes de recuperar el aliento.

—Eso mismo he pensado yo, chico —dijo Ryan, pero hizo una pausa y añadió —: Pero después de la primera impresión, ¿qué opinas de la carta?

Sam alzó la mirada del papel y miró a su jefe y amigo.

—A ver… A priori acojona, deja claro que esta es la primera víctima de varias, y si se trata de… él, sabemos que no es un tipo que se ande con remilgos.

—Bien, de momentos vas bastante bien, pero sigue ahondando en ello.

Sam se frotó la mejilla mal afeitada.

—Pero me parece algo demasiado pretenciosa para el tipo que conocimos hace unos años. Incluso aceptando que siga vivo, no lo veo sentándose frente a un ordenador y escribiendo esto —afirmó agitando la carta.

—Lo que significa que…

—Estamos frente a un imitador.

—Premio para el chiquillo.

—Un imitador que, como hemos visto, es tan peligroso como Daniel Creek, ya que, además, parece un tipo inteligente.

—¿Por qué lo dices?

—Por las palabras que usa, por cómo parece que lo ha planeado todo y por meter a la prensa antes que a la policía. Quiere ser el protagonista.

—Exacto, creo que ya puedo irme a casa a descansar —ironizó Ryan.

—Creo que no podemos hacerlo, jefe.

Ryan sonrió, Sam había captado el mismo mensaje que él.

—¿Por?

—Creo que viene a por nosotros y a por…

Los dos policías intercambiaron una mirada cómplice.

—Las dos supervivientes del Crystal Mall —dijeron al unísono.

Suspiraron hondo y miraron a su alrededor, ambos estaban pensando en cual debía ser su siguiente paso, teniendo en cuenta las amenazas del supuesto reponedor; pero fue Ryan el que habló finalmente:

—Les daremos esta carta y el sobre a la científica para que logren extraer de ella todo lo que puedan. Y, sobre todo, que nos digan de inmediato todo lo que puedan saber de la víctima, por si nos lleva a algo. Mientras tanto, los chicos de uniforme que busquen a sospechosos entre los curiosos de aquí fuera, sobre todo que se fijen en tipos solitarios que lleven bastante rato pululando por aquí. Una vez esté todo controlado por aquí, nosotros iremos a por las dos supervivientes del centro comercial… ¿Cómo se llamaban? —Ryan dejó sus palabras en el aire, rebuscando en la memoria, hasta que encontró lo que necesitaba—. Sí, ya sé, eran Martina Rodríguez y Emily Brown.

—¿De verdad? ¿Fueron ellas? —preguntó Sam impresionado.

—Sí, después de lo que sucedió en el *resort*, rebusqué en los archivos para saber todo lo que pudiera de Daniel Creek, y di con sus nombres.

—¿Pero…?

—Lo sé, ahora son gente importante, pero hace casi veinte años fueron unas adolescentes como cualquier otro.

Sam asintió.

—De acuerdo, jefe —dijo respondiendo a las órdenes de Ryan, pero no se movió de dónde estaba.

—¿Algo más, inspector Brooks?

Sam miró a Ryan.

—Hay algo que me escama en todo esto, Jim.

Ryan se preocupó al oír como lo trataba Sam, dejando de lado el respeto a su rango y pasando a su relación personal.

—Ya sé lo que es.

—¿Seguro?

—Sí —afirmó y calló durante un instantes antes de añadir—: Quien sea que ha escrito la carta y ha colgado a ese pobre desgraciado conoce muchos detalles, más de los que trascendieron a la prensa.

Sam asintió, preocupado.

Ryan puso una mano en su hombro.

—Por ahora no te preocupes. Debemos actuar con objetividad y profesionalidad, han pasado muchos años y seguro que alguien se ha ido de la lengua. Cualquiera ha podido leer los informes y largarlo en el bar. Así que nos ceñiremos a lo que te he dicho. La científica, los sospechosos que haya por aquí y las otras dos supervivientes... Si es un tipo listo como parece, no creo que mencionar a cuatro mientras que la carta solo era para nosotros dos sea un error, sino un miga de pan. —Miró a Sam, que parecía más reconfortado, y le preguntó —: ¿De acuerdo, inspector Brooks?

Sam irguió la espalda y respondió:

—Sí, mi teniente.

***

La pareja de policías no tardó demasiado en estar de nuevo en el interior de su vehículo. Sam conducía, Ryan miraba por la ventanilla con aire, aparentemente, distraído. En la tienda de bricolaje lo habían dejado todo controlado y ahora se dirigían hacia la vivienda de Martina Rodriguez, mientras que dos patrullas de policía se dirigían al lugar de trabajo de Emily Brown para protegerla. Por lo que aquel momento era uno de respiro. Uno en el que podían dejar que sus mentes vagaran libres antes de regresar al presente.

Sin embargo, el crepitar de la radio del coche los abofeteó en la cara.

—Central a Ryan y Brooks. Central a Ryan y Brooks.

Ryan descolgó el aparato.

—Aquí el teniente Ryan, adelante Central.

—Hola, jefe. Se ha producido otro incidente.

—¿Incidente?

—Han encontrado otro cuerpo.

—¿Dónde?

—En el Toys'R'us del centro.

—Dios mío… —masculló Sam.

—¿El comisario está informado?

La operadora no respondió y se oyó el crepitar de la radio de nuevo.

—¿Central, me copiáis? ¿Central?

—Ryan, soy Gordon y claro que lo sé.

El teniente se sorprendió que el comisario estuviera hablando por radio.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó el comisario.

—A ver a Martina Rodríguez, una de las supervivientes del Crystal Mall. Creemos que…

—Nada de eso —espetó su jefe—. Se van echando leches a esa juguetería que se ha convertido en un infierno, ya mandaré a otros a por Rodríguez. Por lo que nos informan unos chiquillos han encontrado el cuerpo y se ha desatado el caos.

Ryan se mordió la lengua, sabía que poco podría hacer en el centro, quería hablar con Rodríguez y Brown, pero el comisario era el comisario.

—De acuerdo, jefe, vamos para allá. —Hizo una pausa y añadió—: Pero, por lo que más quiera, protejan a Brown y Rodríguez.

El comisario soltó una sarta de palabrotas y dijo:

—¿Se puede saber por qué son tan importantes?

—Porque mientras nos distrae creando el caos a nuestro alrededor, ellas pueden ser las siguientes víctimas. Nos ha amenazado a los cuatro en una carta que ha enviado a la prensa —respondió Ryan.

Silencio de radio.

—¿Comisario?

El silencio se prolongó, hasta que Gordon dijo:

—Entonces, ustedes dos también están el punto de mira de este loco.

—Así es.

—Pues cuiden de su pellejo, muchachos.

—Lo intentaremos. Corto.

Ryan colgó el auricular y miró a Sam.

—Ya lo has oído, chaval, vamos al centro, ese pirado nos ha dejado otro

«regalo» en una tienda de juguetes del centro.

—Espero que no hayan muchos críos en el lugar…

Ryan no respondió, sacó la sirena de la guantera, la encendió y la pegó al techo de su coche sacando el brazo por la ventanilla; a la vez que Sam daba un volantazo y cambiaba la dirección del vehículo policial. El juego no había hecho más que empezar.

3

Cuando llegaron a la juguetería el espectáculo era dantesco. Niños llorando por doquier, adultos con ataques de nervios, familias abrazadas aterrorizadas, mientras que los servicios de emergencia hacían lo que podían para atenderlos a todos... pero eran demasiados.

Sam detuvo el coche dónde y cómo pudo y, después de identificarse a los agentes de uniforme que estaban acordonando la zona, se abrieron paso hasta la entrada de la tienda. Cómo había sucedido en la tienda de bricolaje, en la de juguetes, solo cruzar el umbral, alguien se les abalanzó encima: era la encargada.

—Buenos días, supongo que son los responsables de... de...

—Sí, lo somos —dijo Ryan interrumpiendo las dudas y los tartamudeos de la encargada.

Esta se presentó rápidamente y le señaló dónde se encontraba el cadáver.

—¿No nos acompaña? —preguntó Sam.

—¿Yo? —La chica se sorprendió e intercambió una mirada interrogativa con los policías, tras la que añadió—: No me pagan lo suficiente.

Ryan sonrió por debajo de su espeso bigote y se encaminó al pasillo que le había señalado la «valiente» encargada, el de los bebés de juguete, en el que todo era de un horrible color rosa pastel.

Los dos policías anduvieron por él y lo primero que los chocó fue que por ningún sitio veían un cadáver, como sí que había sucedido en la tienda de bricolaje, que en seguida se veía el cuerpo sin vida del ahorcado.

Los dos se miraron, extrañados. Tanto follón por algo que ahora ellos no sabían ver.

Sam se detuvo y giró sobre sus talones, mientras que Ryan aceleró el paso para recorrer el pasillo rápidamente.

—Voy a preguntarle a la encargada dónde...

Las palabras de Sam se quedaron cortadas cuando Ryan silbó con fuerza y le obligó a detenerse.

Sam volvió a mirar a su jefe.

—No hace falta que preguntes nada, Sam —dijo Ryan a la vez que le hacía señas para que se acercara a él.

El joven inspector dio unas largas zancadas hasta él y se detuvo a su lado.

—Ya lo he encontrado —afirmó el teniente.

Al principio Sam no vio nada, pero en seguida miró hacia dónde tenía las pupilas fijas su jefe, y quedó paralizado. En el estante que tenían enfrente, había una caja de un bebé de juguete pero, en su interior, en lugar de un muñeco de plástico de grandes mofletes, había el rostro compungido y ensangrentado de un hombre. Tenía los ojos blancos y la lengua salía de su boca.

—¡Hostia puta! —exclamó Sam—. Una cabeza…

—No, todo el cuerpo —añadió Ryan señalando a varias cajas que había alrededor.

Dispuestas casi como si se tratara de un rompecabezas, una decena de cajas de diferentes tamaños, todas ellas dedicadas a bebés de juguete y sus complementos, estaban llenas de piezas del cuerpo humano: las manos, los pies, una pierna, los genitales, etcétera.

—¿Está entero? —preguntó Sam.

—Eso parece —dijo Ryan con frialdad mientras examinaba todas las cajas, pero sin acercarse demasiado.

Sam lo imitó y ambos estuvieron un rato comprobando el lugar, no se veía rastro de nada más, las cajas parecían limpias de fuera y tampoco había salpicaduras de sangre por los estantes o el suelo.

—El tipo lo ha hecho a consciencia —dijo Sam.

—El de la tienda de bricolaje parecía algo improvisado, hecho al momento, pero aquí hay preparación, el asesino se ha entretenido preparando todo eso. Ha cortado el cuerpo, lo ha metido en cajas que había… ¡Claro!

Ryan salió corriendo del pasillo del terror y se acercó a la encargada, que intentaba mantener la compostura detrás del mostrador mientras la acción transcurría a su alrededor. Sam lo siguió de cerca, conocía lo suficiente al teniente para saber que una idea había cruzado su mente.

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Sí… Claro… Supongo… ¿Necesito un abogado?

—No le hace falta.

—Entonces, adelante.

Ryan carraspeó.

—¿Revisan la tienda al abrir? ¿Si está limpia y con los estantes llenos?

—Normalmente sí, pero para hoy ya habíamos repuesto todas las existencias

en los estantes ayer, por lo que simplemente subimos la persiana y dejamos que la gente entrara como si fuera la Tercera Guerra Mundial.

—Por lo que si alguien hubiese puesto lo que sea en los estantes, debería haberlo hecho ayer o antes de ayer, ¿no?

—¿Se refiere a... eso? —preguntó la encargada a la vez que su piel se tornaba blanca.

Ryan asintió.

—No, imposible. Cuando la gente entra, se llenan todos los pasillos de golpe, por lo que si eso ya estaba ahí, se hubiera visto en cuanto abrimos, no hace un rato.

Ryan se atusó el bigote.

—¿Podemos saber quién ha podido comprar unos productos en particular? —preguntó cambiando de tema radicalmente.

—¿Se refiere a sí puedo saber si alguien compró las cajas que ahora están llenas de...?

«Una chica lista», se dijo Ryan y respondió:

—Exacto.

—Podría, pero tardaría un rato, además, tiene que tener en cuenta que necesariamente no tendría que haberlo comprado todo aquí.

Ryan balanceó la cabeza, compartiendo esa opinión.

—En cualquier caso, si puede, averígüelo e informe a uno de mis agentes en cuanto lo sepa.

—Por supuesto.

Ryan agradeció la colaboración y se hizo a un lado, llevándose a Sam de un brazo hasta un pasillo dedicado a los sets de construcción.

—La encargada nos ha dicho dos cosas muy interesantes —anunció Ryan—. La primera, quien quiera que haya puesto esas cajas lo hizo hace poco rato, lo que significa que...

—Podría ser alguien que ha estado en la tienda de bricolaje y después se ha venido hacia aquí.

—Exacto, por lo que va un paso por delante, o, lo que es lo mismo, lo tiene todo planeado.

—¿Y la segunda?

—Qué alguien compró todos esos juguetes, vació las cajas y las volvió a llenar.

—Por lo que tenemos un rastro.

—Has dado en el clavo, tanto si lo ha comprado aquí como en otro lugar, alguien lo ha comprado. —Ryan sonrió—. Sé cree muy listo, pero no sabe que nosotros también lo somos.

Sam lo imitó y preguntó:

—¿Cómo procedemos?

—Como antes. Acordonamos, detenemos a curiosos solitarios con pinta sospechosa y dejamos que la científica se haga cargo de esa carnicería. —Hizo una pausa y rumió—. Además, llama a la central y que se pongan a buscar a los proveedores de esos juguetes y crucen datos con todas las tiendas que los puedan vender para intentar localizar si alguien los compró todos. ¡Ah! Y que se pongan de inmediato a examinar las imágenes de las cámaras de vigilancia de la tienda de bricolaje y de aquí para ver si hay alguien que haya estado en los dos lugares.

—Lo ordeno ahora mismo.

—Cuando termines, búscame y nos vamos a casa de Martina Rodríguez, a ver si llegamos antes de que vuelva a actuar.

***

La que una vez fuera una rebelde sin causa a la que todos llamaban Tina, ahora vivía en uno de los barrios más selectos de Colorado Springs, en una casa unifamiliar acorde con su posición de fiscal de la ciudad. Los años habían pasado, había estudiado y ahora, en su treintena, ocupaba uno de los lugares más destacados de la justicia local.

Ahora, la antigua *punk* estaba sentada en la barra de su cocina abierta tomándose un café mientras veía la tele en la que las noticias de los sangrientos ataques de Black Friday ocupaban todas las cadenas. Por si eso fuera poco, a su lado tenía el teléfono móvil y el busca a través de los que la iban informando de todo cuanto sucedía. Desde algún escabroso detalle al hecho de que un teniente de policía se dirigía a su casa para hablar con ella. Un policía que ya conocía, no solo por coincidir en algún caso, sino porque había hablado con él cuando ella no era más que una adolescente y él un joven agente uniformado.

El móvil sonó y ella lo cogió.

—¿Señora Rodríguez? —Era la voz de una mujer.

—Yo misma.

—El teniente Ryan se retrasará.

—Lo suponía.

—En su lugar vendrán dos coches patrulla.

Tina fue a responder, pero el timbre de la puerta principal la sorprendió.

—Han llamado a la puerta, deben ser ellos.

La chica del teléfono se despidió y cortó la comunicación.

La fiscal recorrió su casa hasta la puerta y miró por la mirilla. Al otro lado había un hombre corriente, de mediana estatura, piel blanca y cabello oscuro que lucía el uniforme de la policía de la ciudad, pero que mantenía la cabeza gacha, impidiendo que ella le viera el rostro.

—¿Quién es?

—Policía, vengo a escoltarla hasta comisaría, señora Rodríguez.

Tina dudó y miró hacia la calle. No se veía a nadie más, pero decidió abrir.

—¿Dónde están sus compañeros? —preguntó.

El hombre no respondió, estaba haciendo algo con las manos a su espalda, pero Tina también.

—¿Me oye, agente? Me han dicho por teléfono que vendrían dos coches patrulla.

El hombre alzó la cabeza, sonrió y respondió:

—Están controlando el perímetro.

—¿Y sus vehículos?

Pero el hombre ya no respondió, de detrás de su espalda sacó un pañuelo húmedo y se abalanzó sobre la fiscal. Sin embargo, y a pesar de los años pasados, Tina seguía siendo la misma tipa dura de cuando iba al instituto, por lo que ni corta ni perezosa, sacó la pistola automática que escondía en la parte trasera de su pantalón y abrió fuego sobre su atacante.

A su nariz llegó el embriagador olor del cloroformo, pero el pañuelo no tocó su rostro, por lo que solo se mareó, manteniendo la compostura lo suficiente para apretar el gatillo.

Un grito de dolor le informó que, al menos, una de sus balas había herido a su asaltante que, trastabillando, intentó someterla con la droga, pero las sirenas de dos coches patrulla lo ahuyentaron.

A Tina se le doblaron las piernas y quedó sentada en el umbral de su casa, sin dejar de apretar con fuerza la empuñadura de su pistola.

Cuando los cuatro agentes de policía auténticos se acercaron a ella, ya no había rastro del asaltante.

—¿Se encuentra bien, señora Rodríguez? Hemos oído disparos —preguntó uno de los policías.

—Sí —respondió aún mareada, mientras sonreía.

—¿Seguro? Parece mareada.

—Lo estoy, pero el imbécil que me ha atacado ha dejado una prueba.

Tal vez su asaltante había conseguido acercarse mucho a ella, lo suficiente como para casi dejarla inconsciente, y ahora había desaparecido, pero por el camino se había dejado unas salpicaduras de sangre en la impoluta camisa blanca de la fiscal.

***

Sam y Ryan volvían a estar en marcha en su coche cuando la radio crepitó de nuevo.

—Central a Ryan. —Pero en esta ocasión no era la voz de la operadora, sino del comisario Gordon.

«A ese hombre le sigue gustando la acción», pensó Ryan con una sonrisa antes de descolgar el auricular.

—Aquí Ryan, adelante comisario.

—Tenía razón, teniente, han atacado a la fiscal Rodríguez.

—¿Está viva? —preguntó el teniente.

—Sí y, además, ha herido a su atacante.

Sam soltó una carcajada.

—Joder con la fiscal.

Ryan lo chistó.

—Tenemos una muestra de sangre, Jim —dijo el comisario por la radio.

—¿Dónde está ahora?

—De camino a la comisaría junto con cuatro agentes.

—¿Y Emily Brown?

—Le espera en mi despacho.

—En ese caso, ahora venimos.

Ryan colgó el auricular y miró a Sam.

—Ya lo has oído, chico, volvemos a la central, tenemos que hablar con ellas antes de que el asesino ataque de nuevo y nos obligue a salir corriendo por toda la ciudad.

Sam apretó el acelerador y Ryan encendió la sirena a la vez que volvía a coger el auricular de la radio.

—Aquí el teniente Ryan. A todas las unidades. Estén atentos a todas los comercios, sobre todo a los más grandes, en los que un sospechoso pueda esconderse y pasar desapercibido. Repito. A todas las unidades. Vigilen todos los comercios, puede haber un sospechoso herido al acecho. Es peligroso y puede actuar en cualquier momento.

Sam miró a Ryan.

—¿No crees que te has pasado un poco?

—No, así los nuestros estarán con los ojos abiertos. Además, si alguien más está escuchando nuestra frecuencia, creerá que vamos a ciegas y que le tenemos miedo.

—Pero si ha escuchado esto, también sabrá que estamos en la comisaria con las dos supervivientes del centro comercial, ¿no?

Ryan lo miró de reojo con picardía.

—Bueno, en ese caso, tal vez se sienta tentado de venir a buscarnos allí... dónde estaremos listos para recibirle.

Sam sonrió.

—Muy listo, teniente.

4

Ryan y Brooks cruzaron el umbral de la puerta del despacho de Gordon de golpe, tenían prisa y sabían que, en ese momento, era cuestión de minutos de que pudiera ocurrir el siguiente ataque, por lo que tenían que averiguar quien se escondía tras el supuesto regreso del reponedor Daniel Creek. Al ser reconocidos a su paso, nadie les cortó el camino, por lo que cuando estuvieron frente a la mesa del comisario, no habían hablado con nadie... pero todo el mundo sabía que estaban allí.

—Bienvenidos, chicos —dijo el jefe al verlos frente a él.

—¿Sabemos algo más? —preguntó Ryan con sequedad.

Gordon sacudió la cabeza negativamente.

—Por el momento, no. La situación está controlada en los dos escenarios y nuestros hombres están atentos a todo lo que pueda ocurrir en la ciudad... —Hizo una pausa y miró directamente a Ryan—. Por cierto, muy sutil tu mensaje.

El teniente se encogió de hombros.

—¿Un anzuelo?

—Un poco... a veces los peces pican —respondió Ryan.

Gordon sonrió y después regresó con el resto de presentes, ya que hasta entonces solo había hablado con Ryan.

—Ahora que habéis llegado, por fin puedo decir que estoy ante los «supervivientes» de Daniel Creek, ¿no es así?

Los dos hombres y las dos mujeres intercambiaron miradas, no eran íntimos, pero la desgracia que habían sufrido los llevó a sentir una suerte de conexión entre ellos.

—¿Os conocíais? —preguntó Gordon.

—No exactamente —dijo una de las mujeres, era Emily Brown.

Aquella chica tímida que había llegado a Colorado Springs en el verano de 1988 para, pocos meses después, vivir una terrible experiencia, había progresado, al igual que lo había hecho su mejor amiga, la fiscal de la ciudad. En su caso, pero, lo había hecho en otro campo, y ahora dirigía la empresa Colorado Press, encargada de editar varios periódicos de la ciudad, así como algunas de las revistas de mayor tirada del estado.

Ni ella ni Tina Rodríguez parecían haber sufrido secuelas por haber tenido que enfrentarse al reponedor en su juventud. Al igual que Jim Ryan y Sam Brooks, que podían conciliar el sueño sin problemas, por el mero hecho de que creían que Daniel Creek había muerto ante sus ojos. Sin embargo, eso no era más que una ilusión, ya que si en 1992 regresó de entre los muertos, ahora parecía que lo hubiese hecho diez años más tarde; por lo que empezaban a temer lo que aquello significaba.

—Hablando con Tina —prosiguió Emily—, hemos recordado que el teniente Ryan fue uno de los agentes de policía que nos atendió cuando sucedió todo aquello del Crystal Mall.

Gordon interrogó a su subalterno con la mirada.

—Sí, así es, era un novato que le tocó la parte sucia del trabajo policial. No participé en los interrogatorios, pero si que rebusqué hasta en los cimientos los cuerpos de sus amigos y del asesino —explicó.

—Entiendo —apuntó Gordon, invitando a que prosiguieran con la revelación de las conexiones entre ellos.

—Después, y debido a nuestro trabajo —fue Tina la que retomó la palabra—, he coincidido con Ryan, del mismo que lo he hecho con usted, comisario.

El teniente asintió.

Gordon carraspeó y se aclaró la garganta.

—Lo primero que me gustaría preguntarles, aunque supongo que lo podría encontrar en los informes correspondientes, pero quiero escucharlo de ustedes mismos, es si todos admiten haber visto a Daniel Creek con sus propios ojos.

De nuevo, los cuatro supervivientes intercambiaron miradas y todos asintieron.

—Eso sí, nosotros lo vimos desfigurado, quemado y con el uniforme completamente recubierto de sangre seca —intervino Sam Brooks, mientras un escalofrío le recorría la espalda al recordar todo lo que vivió cuando era un joven y simple botones del *resort*.

—Nosotras no, ¿no es cierto, Tina? —intervino Emily.

—No, lo vimos limpio… vimos como se manchó de sangre… como dejó de ser Daniel Creek para convertirse en el que todo el mundo llamó el reponedor —respondió Tina con frialdad—. Pero, y se lo puedo asegurar a cualquiera, el que me atacó esta mañana no era él.

Ryan y Sam se miraron sorprendidos.

—¿Está segura? —preguntó Gordon desde su asiento.

—Lo admitiría ante cualquier jurado. —Hizo una pausa y entrecerró los ojos, rememorando—. Daniel Creek era grande, con el pelo ralo, de aspecto gordinflón pero más fuerte en realidad, con la mirada oscura y perdida, así como aquella sonrisa forzada y la cabeza ladeada…

—Sí, ese era Creek —afirmó Emily.

—Pero el hombre que me atacó era un tipo corriente en todos sus aspectos, no parecía un ser trastornado, sino más bien alguien muy dispuesto a llevar a cabo un plan.

—Eso mismo es lo que sospechamos nosotros, jefe —afirmó Ryan—. Hay cosas, elementos aquí y allá que hace pensar que si los crímenes de Daniel Creek respondían a un arranque de ira, a una cacería improvisada, las muertes de hoy tienen que ver con un plan, sino, no podría haber cuadrado de la manera que lo ha hecho los ataques… o habría podido llevar los pedazos de la víctima de la juguetería hasta allí.

Tina lo interrumpió.

—No, Creek lo hubiese podido hacer, pero no lo hubiera hecho con anticipación, habría desmembrado a su víctima allí mismo.

Sam tragó saliva tan fuerte que resonó con eco en el silencioso despacho del comisario.

—Entonces, ¿quién debe ser? —preguntó Gordon.

—Está claro que conoce los asesinatos del reponedor, sin duda, está reproduciendo algunos y, para colmo, se identifica con él en la nota que entregó a la prensa —explicó Ryan—. Pero, precisamente eso, le hace diferente, Creek no quería publicidad, este sí, al darle la nota a aquel periodista ponía los asesinatos en primera página. Creek era un cazador, este es un *showman*.

Sam sonrió por debajo la nariz.

—Pues eso me preocupa —afirmó Gordon.

—¿Por? —preguntó Emily.

—Por algo muy sencillo, señorita Brown. Creek era un monstruo que soltaba su furia, pero al que se veía venir, por lo que podríamos estar frente a él en cualquier momento y volarle la tapa de los sesos a tiros… Este no, por lo que afirma la fiscal, está claro que puede pasar desapercibido, tiene planes, y

pretende llevarlos a cabo.

De nuevo, el silencio se apoderó del despacho de Gordon, hasta que Emily volvió a hablar:

—¿Sabemos qué motivos hay detrás de esta imitación?

Ryan sacudió la cabeza, pero fue el comisario el que respondió:

—No, seguramente está loco y quiere emular al que fuera su héroe, vaya a saber por qué.

—Hasta que no avancemos en la investigación, no podremos saber mucho más sobre él —explicó Ryan.

—¿Quiere decir que debemos esperar al siguiente ataque? —preguntó Tina.

—Desafortunadamente, sí, pero esta vez estaremos atentos —afirmó Gordon.

Tina replicó:

—Pero parece que va un paso por delante…

—Hasta que tropiece —sentenció Ryan y añadió—: Como lo ha hecho contigo.

El tuteó no molestó a Tina.

—¿Por qué?

Ryan miró a Gordon y fue como si le pidiera permiso para tomar el mando, el comisario inclinó la cabeza con aprobación.

—En primer lugar, irás a hablar con nuestro retratista para intentar hacer una imagen robot del sospechoso que te ha atacado. Dicha imagen será enviada a todos los medios y a todas las fuerzas del orden, así como a bomberos y ambulancias, para reconocerlo, por lo que todo el mundo lo estará buscando. Además, parece que está herido y, en breve, tendremos algún resultado de ADN, por lo que, de un modo u otro, la identificación está al caer. —Hizo una pausa—. Por si fuera poco, en su carta ha dejado claro que su objetivo éramos nosotros, por lo que le daremos lo quiere: un cebo bien dulce. ¿Es un riesgo? Sin duda, pero si con eso le paramos los pies, yo estoy dispuesto a arriesgar mi pellejo y creo que mi compañero también, ¿no es así, Sam?

A pesar del miedo, Sam era policía y no le hacía gracia que alguien intentara acabar la obra de un demente como Creek.

—Sí, jefe.

—¿Nos ayudaréis? —preguntó Ryan.

Tina y Emily se miraron. Cuando salieron con vida del Crystal Mall casi quince años antes, se habían prometido no regresar allí, y no lo habían hecho, no querían

revivir aquella noche. Pero, ahora, si alguien les obligaba a recordar todo aquello, no serían ellas las que se esconderían tras la barrera, darían un paso adelante y lucharían, como lo habían hecho aquella noche de 1988.

—Claro que sí.

***

Al otro extremo de la ciudad, a pesar de los ataques, la vida en la elegante calle de las tiendas caras de Colorado Springs, una suerte de Rodeo Drive del Medio Oeste, la vida seguía como era normal o, como mínimo, como era normal un viernes de finales de noviembre, en el que la gente se volvía loca en busca del mejor descuento. Y no importaba cuanto dinero tuvieras en tu bolsillo, porque un descuento es un descuento. Tal vez la locura no llegaba al extremo de las grandes superficies, pero el ajetreo se hacía notar. Como sucedía en una tienda de moda femenina, tal vez una de las mejores de la calle y, por lo tanto, una de las mejores de todo el estado. Allí, las dependientas iban como locas de un lado a otro atendiendo a clientas, cobrando en caja, llevando nuevas tallas o modelos a los probadores, que se llenaban y vaciaban tan rápidamente como era posible para evitar que las más impacientes se enfurecieran en la cola.

Sin embargo, de vez en cuando, la encargada de los probadores tenía que cumplir con sus obligaciones, como, por ejemplo, revisar que estos estuvieran vacíos de prendas olvidadas. La chica ya no recordaba cuantas veces lo había hecho aquella mañana, ni cuantas veces había pedido a las clientas que entraban en ellos que no dejaran nada para facilitar la tarea de las empleadas y mejorar la experiencia de las otras clientas.

Con la mirada confirmó que estaban todos los probadores vacíos, salvo uno, del del final a la derecha.

«Por uno no importa», pensó y en cuanto vio que una nueva clienta se aceraba a los probadores dijo:

—Un momentito, por favor, que reviso que todos estén en orden.

Como era de esperar, la clienta le hizo mala cara, pero se detuvo y ella empezó a revisar los probadores. Cogió unos pantalones de uno, algunos colgadores de otro y otro vestido olvidado en el del final a la izquierda, pero algo la desconcertó del probador que permanecía cerrado: no se escuchaba ningún

ruido; y si había alguien probándose ropa, siempre se escuchaba algún ruido.

—¿Ya puedo pasar? —preguntó la que se esperaba, a la que ya se habían sumado tres más.

—No, un segundito…

«Malditos diminutivos», protestó para sí la dependienta, que odiaba ese deje que se le había pegado al trabajar allí.

Entonces, golpeó la puerta del probador con suavidad y acercó la oreja.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, sabiendo que también podía ser que una clienta se hubiera mareado intentando entrar en unos pantalones que no eran de su talla.

Pero nada.

Volvió a golpear.

—¿Hay alguien?

De nuevo, nada.

Instintivamente rebuscó en su bolsillo la llave maestra del probador y la hizo girar en el mecanismo externo del pestillo. Pero al mismo tiempo que abría la puerta, se dio cuenta de que un líquido espeso y rojo le pegaba los zapatos al suelo.

Miró hacia el suelo, frunció el ceño.

—¿Qué es esto? —se preguntó con repugnancia, pero su cabeza no tuvo tiempo de reaccionar, ya que cuando alzó la cabeza para mirar al interior del probador y al origen de aquel líquido se topó con una grotesca imagen.

Una mujer de mediana edad semidesnuda estaba clavada contra la pared del fondo del probador con los tacones más afilados que jamás alguien hubiera visto, y de cuyas heridas emanaba la sangre como de una fuente. Pero lo que realmente dejó en *shock* a la dependienta fue la posición en la que se encontraba aquella mujer: estaba crucificada.

5

Mientras Ryan y Brooks observaban la grotesca y sacrílega imagen de la tercera víctima del día, a su alrededor se repetía la misma escena que en las dos ocasiones anteriores. En el exterior, la policía controlaba la entrada, las ambulancias atendían a las personas que habían sufrido un *shock* ante la imagen y la noticia de haber estado tan cerca de un crimen; y, más allá del cordón policial, los curiosos y la prensa se apilaban en buscan de la exclusiva y el morbo.

—Menuda carnicería —dijo Sam por enésima vez mientras él y Ryan observaban a aquella desgraciada mujer.

Ryan se atusó el bigote, su compañero lo miró.

—¿En qué piensas?

—¿Está mujer tiene pinta de ser una clienta de esta tienda?

Sam, obligado pero no acostumbrado por el trabajo, volvió a mirar a la víctima. La examinó con detalle. Al cabo, respondió:

—Sí... ¿no?

Ryan sacudió la cabeza.

—De entrada podría parecerlo por el contexto, ¿quién sino estaría en una tienda como esta? Pero cuando uno se fija en la manicura sucia y descuidada, en los dientes torcidos, la falta de maquillaje y el pelo grasiento, ya no ve a una clienta de una tienda exclusiva de moda, no, lo que ve a alguien fuera de lugar.

A medida que Ryan hablaba, Sam buscó esos detalles.

—¿Sabemos algo de las demás víctimas? —preguntó Ryan.

—No, pero ahora lo averiguo.

Sam extrajo su flamante teléfono móvil y se apartó para hablar con él.

—Creo que nunca me acostumbraré a esas cosas.

Sam sonrió hasta que alguien, al otro lado de la línea, respondió, y empezó a hablar atropelladamente.

Ryan se acercó a la víctima y dejando a un lado los detalles de esta, se fijo en las «armas» que había utilizado el asesino para clavarla en la pared.

—Zapatos de tacón... Esto es nuevo.

Volvió a atusarse el bigote y salió del probador. Al pasar frente a Sam dijo:

—Que no venga nadie.

El otro asintió.

Ya en la tienda, Ryan fue en busca de alguna de las dependientas hasta que encontró una que, a diferencia de la mayoría de sus compañeras, parecía tranquila.

—¿Trabaja aquí, verdad?

La chica, amablemente, asintió.

—¿Tiene el estómago fuerte?

Ella sonrió.

—¿Quiere que vuelva a verlo?

—Si se ve capaz, sí.

Sin mediar palabra, se levantó del puf en que el que estaba sentada y se encaminó al probador.

Cuando entraron, antes de llegar al lugar en el que estaba la víctima, Ryan la detuvo.

—Solo necesito que me diga una cosa.

—¿Cuál?

—Los zapatos que han clavado a la pared, ¿son de esta tienda?

Ella asintió y se acercó al lugar.

Sin perder la compostura, la dependienta examinó los tacones altos y los detalles de los zapatos desde una distancia prudencial, una cosa era tener el estómago fuerte y la otra era acercarse más de la cuenta a aquel cuerpo sin vida.

Pasados unos instantes, se apartó y regresó donde la esperaba Ryan.

—¿Y bien? —preguntó el policía.

—No, no son de aquí… Parecen baratos. Aquí solo tenemos productos de piel, hechos en unidades limitadas, y esos dan la impresión de plástico. A parte, los diseños son demasiados… ¿Cómo lo diría? Llamativos, de mal gusto.

—¿Podría decirme de dónde pueden ser?

La chica se encogió de hombros.

—De cualquier cadena de ropa económica.

Ryan asintió.

—Podría decirle algo más si pudiera tenerlos en las manos, pero así… —Sonrió lánguidamente—. Poca cosa puedo hacer.

—Tranquila, ha sido usted de gran ayuda.

Sam terminó de hablar por teléfono y se acercó a su compañero. Al verlo, la

chica hizo ademán de retirarse, pero la Ryan la retuvo en el último instante.

—Por casualidad, ¿le suena la víctima?

—Es difícil de decir, pero creo que no. No tiene el aspecto de una de nuestras clientas.

—¿Qué se lo ha dicho?

—No sé, las uñas, el pelo... los dientes.

Ryan hizo una rápida reverencia con la cabeza y se despidió de la chica.

—¿Lo has oído? —preguntó a Brooks.

El otro asintió.

—Los dientes, sí.

—La chica ha dicho que los zapatos no son de aquí.

—De nuevo la premeditación.

—Exacto —dijo Ryan—. Por lo que podemos suponer que, en este caso, entró con la víctima y una bolsa con los zapatos «afilados» de antemano. La mete en el probador y la crucifica.

Sam asintió levantando las cejas, al fin y al cabo, era la explicación más plausible.

—Yo tengo algo mejor.

—¿Ah, sí?

—Sí. Las otras víctimas.

—¿Qué? Venga, no te hagas de rogar.

—Vagabundos, detenidos en alguna ocasión por mendigar dónde no debían o por beber en la calle.

Ryan se giró hacia el probador ensangrentado.

—¿Qué te juegas que ella también?

—Nada, porque está más claro que el agua.

Ryan se frotó las manos.

—Tenemos a un hombre discreto y anodino que envía una nota a la prensa para nosotros, en lugar de a nosotros mismos, mata a dos mendigos y los esparce por la ciudad para crear el caos. Mientras tanto, intenta atacar a la fiscal, pero esta lo coge por sorpresa y lo hiere. Pero, aún así, sigue con su plan y crucifica a la tercera víctima... —Ryan hizo una larga pausa durante la cual se quedó mirando a la pared, como si allí estuviera la solución de todo—. ¿Qué hará ahora?

—¿Seguir con una cuarta víctima?

—Esperemos que no, pero debemos estar preparados para cualquier cosa. Por lo que lo primordial es saber quién es.

Sam asintió.

—Cuando llegue aquí la científica habla con ellos y, antes de que se pongan a trabajar, averigua si ya han descubierto algo sobre ese tipo. Lo que sea. Con dos escenarios y las salpicaduras de la camisa de la fiscal algo podrían ofrecernos. Cuando termines, ven a buscarme a la comisaría, estaré allí por si el retrato robot de Rodríguez nos dice algo más.

***

El teniente Ryan bajó del coche patrulla que lo había llevado a la comisaría y intentó llegar a las puertas de esta, pero una marabunta de periodistas se abalanzó sobre él con un sinfín de preguntas que, por descontado, él no respondería.

Por lo que lo único que dijo fue:

—Sin comentarios.

Tan elegante y tan peliculero a la vez.

Cruzó las puertas y al primer agente de uniforme que parecía aburrido que vio le soltó:

—Por Dios, haga algo con esos de fuera, que al menos nos dejen bajar de los coches.

El interpelado salió pitando hacia el exterior para poner paz.

En un día como el Black Friday la ciudad ya se volvía loca, como para sumarle el caos que estaba sembrando el asesino esparciendo cadáveres por esos lugares tan concurridos.

Ryan se adentró en la comisaría y se fue al lugar en el que retratista y los técnicos de identificación solían trabajar, el sótano. Al bajar las escaleras, encontró a Emily Brown que esperaba en una sala de espera tomándose un café de máquina que lo saludó con la cabeza. Él correspondió el gesto y siguió andando hacia el despacho que se habían habilitado recientemente para que el equipo informático tuviera sus equipos.

Allí estaba la fiscal, con los brazos cruzados sobre el pecho observando como los informáticos examinaban las cintas de vídeo que ya les habían facilitado la

tienda de bricolaje y la de juguetes. Aminoró el paso y se acercó a ella.

—¿Alguna cosa?

En otro caso, la implicación personal de Tina Rodríguez lo hubiera llevado a sacarla de allí a patadas, pero, al igual que él, la deformación profesional y la responsabilidad de su cargo les obligaban a mantener el tipo ante aquella amenaza que ya los había sometido años atrás.

—De momento no —respondió y, a la vez, le alcanzó una hoja de papel—. El retrato.

Ryan lo observó. Tal y como había dicho la fiscal, era un tipo corriente y que, con facilidad, pasaría desapercibido.

—¿Es acertado? —preguntó sacudiendo la hoja de papel.

—Bastante. Por suerte, si lo veo en esas pantallas también lo reconoceré —respondió con seguridad Rodríguez.

Ryan no dijo nada, solo imitó a la fiscal, clavando sus miradas en las pantallas en las que los técnicos repasaban las imágenes mientras intentaba memorizar el retrato que tenía en las manos.

Los minutos pasaron más lentamente de lo que pudiera imaginar. En su cabeza solo podía ver a la siguiente víctima convertida en un espectáculo público en alguna tienda de la ciudad, para vergüenza del cuerpo de policía. Sin embargo, lo vio...

—¡Alto! —exclamó.

Todos se giraron hacia él, sorprendidos.

—¿Qué pasa? —preguntó un técnico.

—Lo he visto. Allí, en las imágenes de la tienda de bricolaje.

—¿En cuál? —preguntó Rodríguez.

—En la del aparcamiento. Retrocede poco a poco —le ordenó al técnico.

Las ocho pantallas detuvieron la imagen y solo una empezó a reproducirse hacia atrás, hasta que un hombre como el que había descrito la fiscal descendía de un turismo oscuro, del que no se podía ver la matrícula.

—Ahí está. —Y girándose a Rodríguez, preguntó—: ¿Es él?

Ella se acercó y examinó la imagen que vibraba al estar detenida.

—Podría ser.

—No me vale un podría —espetó Ryan, y dirigiéndose a los técnicos, ladró—. ¿Marca de tiempo?

—Nueve menos tres minutos.

—Sincronizad las reproducciones de la tienda de bricolaje y sigamos su pista.

Las imágenes empezaron a moverse y, al cabo de muy poco, pudieron hacerse una idea de cómo se había movido el asesino aquella misma mañana. Bajaba del coche y ayudaba a alguien, un hombre, a bajarse de la parte trasera. Cerraba el coche y ambos se dirigían a la tienda.

—Estaba vivo —dijo la fiscal refiriéndose a la víctima.

Cruzaban las puertas de la tienda prácticamente un minuto después de que abrieran a las nueve, y se encaminaban, junto con toda la gente hacia el pasillo central y, después, hacia el pasillo en el que había sido encontrado la víctima. Allí, el sospechoso miraba a hacia ambos lados, asegurándose que estaba solo. Sacaba una cinta métrica de su bolsillo y, tras extenderla, asfixiaba a su víctima que se dejaba hacer sin demasiada resistencia.

—No lucha —afirmó uno de los técnicos.

—Debe estar drogado —respondió con seguridad Ryan.

Cuando el cuerpo de la víctima cayó lánguido en el suelo, con la misma cinta métrica, el asesino lo izó como lo habían encontrado. Una vez terminada su obra de arte, la contempló durante un segundo y, con todo el descaro, alzó la cabeza, miró a la cámara y sonrió.

—Hijo de puta… —susurró el otro técnico que detuvo la imagen para tener una visión perfecta del rostro del asesino.

Mientras los dos informáticos seguían el recorrido del sospechoso después del asesinato en las otras pantallas, Ryan miró hacia Rodríguez, que no apartaba la mirada del rostro del asesino.

—¿Ahora, sí?

La fiscal asintió sutilmente y, poco a poco, lo hizo con fuerza.

—Sin duda, es él el que me atacó.

De repente, el sonido del teléfono del despacho los sobresaltó a todos. Uno de los técnicos respondió y se giró hacia Ryan, alargando el auricular.

—Es para usted, teniente.

Ryan se acercó, cogió el aparato y dijo:

—¿Brooks?

—Lo tenemos —respondió Sam por la línea de teléfono—. Faltaría confirmarlo por la sangre, pero las huellas lo han identificado al instante.

—¿Quién es?
—Orpheon, Leroy Orpheon.

6

Después de conseguir el nombre de la científica, Ryan ordenó a Sam que lo fuera a buscar a la comisaría.

—Estoy viniendo —dijo su compañero.

Mientras esperaba, hizo que uno de los técnicos le mostrara los datos que pudieran tener de Leroy Orpheon en uno de los ordenadores. No tardaron en encontrar un carnet de conducir de Colorado y una foto que coincidía a la perfección con el retrato de Rodriguez.

—¿Te dice algo el nombre o la foto del carnet? —preguntó Ryan a la fiscal.

Ella sacudió la cabeza.

El teniente salió del despacho y fue a por Emily Brown, que seguía esperando. La llevo a la sala de los técnicos y le preguntó lo mismo.

La periodista respondió lo mismo. Sacudió la cabeza negativamente.

—Lo siento, teniente, no sé quién es.

—No importa. —Se dirigió a uno de los técnicos y dijo—: Imprime todos los datos que tengamos de él y después averigua si el coche que sale en las imágenes es el suyo. Búscalo en cualquier sitio y, cuando tengas la matrícula, pásala a todas las patrullas.

El hombre asintió y unos segundos después le entregaba una hoja repleta de los datos de Orpheon.

Sin más, Ryan se despidió de los presentes y salió del despacho repasando la hoja que tenía entre sus manos. En cuanto alcanzó el exterior de la comisaría, vio como algunos uniformados habían conseguido hacer un espacio frente a la entrada de la comisaría que le permitió ver como el coche de Sam aparecía frente a él.

El teniente recorrió los pocos metros de acera y se montó en el vehículo.

—Vamos, tengo la dirección de Orpheon —dijo mostrándole el papel a su compañero.

Sam no se lo pensó dos veces y apretó a fondo el acelerador para salir propulsados hacia delante.

***

Por el camino se le unieron dos coches patrullas a los que el comisario había ordenado que les dieran soporte.

—A pesar de que parece que vais tras la pista, recordad que seguís estando amenazados —les dijo por radio cuando los avisó de la ayuda que iban a recibir.

Ninguno de los dos protestó.

A pesar del caos que se había generado a raíz de los ataques, las calles estaban tranquilas. Los más sensatos se habían refugiado en sus casos y habían dejado las compras para otro día, mientras que los atrevidos —o los avaros— habían seguido comprando, pero eran la minoría.

Los tres vehículos no tardaron en detenerse frente a un bloque de pisos en el centro. Parecía un edificio antiguo, de principios de siglo XX, de obra vista y ventanas acabadas en arco. Por el aspecto, tanto podía tratarse de un lugar de lujo como de viejos apartamentos a punto de derrumbarse.

Los tres coches dieron un frenazo frente a la puerta principal y quedaron estacionados sobre la acera.

El primero en bajar fue Ryan que, dirigiéndose a dos de los patrulleros, ordenó:

—Vosotros dos os quedáis aquí con los ojos bien abiertos. Sabemos a quién buscamos, no permitáis que nadie entre o salga. —Miró a Sam y a los otros dos uniformados y añadió—: Los demás, conmigo.

Cruzaron el umbral de la portería y se toparon con un recibidor limpio pero sencillo, sin ningún otro lujo que una pared llena de buzones de latón y una planta de plástico. No era el lugar más caro de la ciudad, pero tampoco el lugar en el que se reunirían los traficantes de la ciudad.

«Clase media», pensó Ryan. «De la poca que queda en el centro».

Recorrió el vestíbulo con grandes zancadas y se detuvo frente a las escaleras, que nacían al lado de la puerta del ascensor.

—Sam, conmigo por las escaleras. Vosotros esperad al ascensor. —Ryan estaba decidido a no dejar que nadie pudiera escaparse de ese lugar. Si por un casual el asesino estaba allí, él se encargaría de pararle los pies a la primera ocasión.

A pesar de los años y el rodaje, Ryan emprendió la marcha subiendo las escaleras de dos en dos, con Sam siguiéndolo.

—¿Qué piso es? —preguntó, jadeando.

—El sexto.

—Joder...

Ryan rio.

—Pero no vas al gimnasio, Brooks.

—Siempre que puedo.

—¿Y qué son unos peldaños para ti?

—Una putada.

Ryan sacudió la cabeza, pero no se detuvo. Él no iba al gimnasio, pero los años persiguiendo maleantes por todos los rincones de la ciudad, le habían dado el fondo suficiente como para hacer ese tipo de ejercicio. Además, la emoción de la cacería le había disparado la adrenalina y se estaba aprovechando de ella.

Cuando llegaron a la sexta planta, los dos policías de uniforme ya los estaban esperando. Uno de pie frente a las escaleras y el otro bloqueando la puerta del ascensor.

—¿Ha pasado alguien? —preguntó Ryan.

—No, y, por ahora, el ascensor estará fuera de servicio —respondió el agente.

—Perfecto. Quedaos aquí y no perdáis detalle. Cualquier cosa nos avisáis.

Los dos hombres asintieron.

Ryan les dio la espalda y, con un gesto, invitó a Sam a que lo siguiera.

Los dos inspectores recorrieron el pasillo de la sexta planta, entre puertas y felpudos de bienvenida, hasta la puerta número siete.

—Es aquí —anunció el teniente.

Instintivamente, los dos hombres desenfundaron sus armas y se apostaron a ambos lados de la puerta.

Ryan golpeó la puerta con energía y vociferó:

—Policía, abran la puerta.

Nadie respondió y, por lo que pudieron percibir, no hubo movimiento en el interior de la vivienda.

—Leroy Orpheon, abra la puerta.

Nada, ninguna respuesta.

Entonces, la puerta que había al otro lado del pasillo se abrió hasta el límite que permitía la cadenilla de seguridad y medio rostro de una anciana asomó por él.

—Hace días que no está —dijo.

Los dos policías miraron hacia ella.

—Leroy hace días que se fue, me dijo que de vacaciones.

Ryan arqueó una ceja.

—¿Le dijo a dónde?

La mujer sacudió la cabeza.

—Lo conocía.

La anciana dudó, pero, al final, respondió:

—Creía que sí, hasta que he visto las noticias de esta mañana.

Ryan asintió y le dijo la mujer:

—Muchas gracias y, ahora, resguárdese en su casa.

La anciana no se lo hizo decir dos veces, ya que antes de que Ryan terminara de hablar, ya había cerrado de un portazo.

Sam y Ryan intercambiaron una mirada y sonrieron, siempre había mujeres de ese tipo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Brooks.

—Entrar —respondió Ryan.

Se apartó de la pared y, de una certera patada, hizo que la puerta del piso de Orpheon se abriera de par en par con crujido de madera rota.

Sin dejar de empuñar su arma, Ryan cruzó el umbral del piso del sospechoso.

—¿Podemos hacerlo? —le preguntó su compañero.

—Sí, tenemos pruebas suficientes como, para al menos, entrar en esta vivienda para descartar posibles culpables.

Ryan no dijo nada más, simplemente se movió como un profesional por el piso. Era amplio y estaba ordenado y limpio. Parecía que su ocupante siempre había sido metódico, pero, además, era como si hubiera limpiado justo antes de irse de «vacaciones», como había dicho la anciana.

Un salón comedor les dio la bienvenida, en el extremo derecho había una cocina con una gran isla y, al fondo, un pasillo que daba acceso a lo que parecían tres habitaciones.

—No está mal el pisito —dijo Brooks.

—¿Te has fijado en un detalle? —preguntó Ryan, ajeno a la broma de su compañero.

—¿Cuál?

—No hay ningún tipo de decoración. Ni fotos ni recuerdos de ningún tipo.

—Un tío solitario.

—Probablemente.

Dándose la espalda los dos policías examinaron el lugar para asegurarse que no había nadie escondido ni ninguna trampa acechándolos. Siendo el piso de Orpheon, más que posible culpable del retorno del reponedor, debían ir con cuidado ante cualquier amenaza… pero no, el sitio parecía tranquilo.

Avanzaron por el pasillo descubriendo un impoluto baño tras una de las puertas y un impersonal dormitorio en la otra.

Cuando se detuvieron frente a la tercera puerta, se miraron.

—¿Preparado para lo que sea? —preguntó Ryan.

Sam respondió con un golpe de cabeza.

El teniente de policía hizo girar el pomo lentamente y abrió la puerta con delicadeza, hasta que, frente a ellos, se dibujo lo que parecía ser un estudio, pero no uno cualquiera. Todas sus paredes estaba recubiertas de fotografías y recortes de periódicos.

—¿Qué es todo esto…? —preguntó Sam acercándose a la pared más cercana.

Ryan, pero, se abalanzó sobre un escritorio en el que había montones de papeles: más recortes de periódicos y revistas, fotocopias de lo que parecían ser informes policiales… A su lado, un pequeño televisor sobre un reproductor de VHS esperaba apagado a que alguien introdujera las cintas de vídeo que había metódicamente ordenadas a su lado, con nombres como «Crystal Mall, 1988» o «Crystal Resort, 1992».

Ryan se llevó la mano al bigote, que frotó con fruición.

—Todo es sobre…

—El reponedor —dijo Ryan interrumpiendo a Sam.

Todo lo que había en esa habitación versaba sobre Daniel Creek y sus crímenes, tanto los de 1988 como los de 1992.

—Esto deben ser las grabaciones de seguridad —afirmó Ryan retomando la lectura de los títulos de las cajas de VHS.

—¿Cómo ha conseguido todo esto? —preguntó Sam tras acercarse a Ryan y ver los informes policiales.

Ryan se encogió de hombros.

—Elige: ¿un tipo con contactos o dinero?

—O ambas cosas —respondió el teniente.

Para sorpresa de ninguno de los dos, Sam no tardó en dar con los testimonios que ellos habían dado a la policía diez años atrás; pero lo que lo dejó sin palabras fueron los perfiles completos que tenía de ambos, así como de Emily Brown y Tina Rodríguez.

—Nos ha investigado.

—¿Es que acaso lo dudabas?

Sam miró de reojo a su compañero.

—¿Cómo sino iba a poder presionarnos como está intentando hacerlo? —prosiguió Ryan, que seguía examinando todo cuanto había en esa habitación—. Orpheon parece obsesionado con Creek, hasta el punto de haberse convertido en una suerte de experto en los crímenes del reponedor.

—¿Por qué? —preguntó Sam.

Ryan se encogió de hombros.

—Admiración, venganza o, simple y llanamente, locura.

—Mierda, lástima que no haya más cosas con las que ir a por él —masculló Sam, lamentándose.

—¿Quieres más cosas?

—Sí... ¿no?

—Tenemos las imágenes de las cámaras, las huellas de la científica, la sangre de la camisa está al caer, el retrato de la fiscal y, ahora, todo esto, ¿que más quieres?

—Algo que nos diga el porqué de todo.

Ryan sonrió.

—Eso, ahora, no importa. Sabemos que es él. Sabemos a por quién tenemos que ir. Ya habrá tiempo para que nos explique su historia, ¿no crees?

Sam asintió, recuperando un poco la compostura y las ganas de continuar.

—Pero, todo esto está más limpio que una patena —afirmó—. Hace días que no está aquí, no hay rastros de que alguien se haya curado una herida o que haya alojado a personas sin techo.

Ryan movió la cabeza, dándole la razón a su joven amigo.

—¿Dónde debe estar escondido ahora?

Ryan soltó una carcajada.

—¿Todavía no lo has entendido?

Sam lo interrogó con la mirada.

—Solo hay un lugar en el que un hombre obsesionado con el reponedor podría esconderse y preparar todos los testimonios sin que nadie lo molestara —afirmó Ryan alzando las cejas, dándole la oportunidad a su compañero para que llegara a la misma conclusión que él.

Tras unos segundos de incertidumbre, la luz se hizo en la mente de Samuel Brooks.

—Las ruinas del viejo *resort*.

—El único lugar en el que Daniel Creek, alias el reponedor, ha actuado dos veces.

7

Después de ordenar a los patrulleros que montaran guardia en el lugar a la espera que llegaran más refuerzos y la científica para obtener todas las pruebas posibles del piso de Orpheon, Ryan cogió a Sam del brazo y se lo llevó a un lugar apartado, para que nadie pudiera escucharlos.

—¿Sabes cuál es el siguiente paso, no?

Sam asintió.

—Ir a las ruinas.

—Exacto, pero no podemos anunciarlo a bombo y platillo...

—Pero tampoco podemos ir por nuestra cuenta y riesgo.

Ryan le guiñó un ojo, dándole a entender a su compañero que había dado en el clavo.

—Préstame tu teléfono móvil.

Sam lo sacó del bolsillo y le dijo:

—Quizá ya va siendo hora que te hagas con uno, ¿no?

—Me niego a que me tengan localizado a todas horas —espetó Ryan—. Si sobreviví al busca, también lo haré a esto.

Sin embargo, para sorpresa de Sam, Ryan movió sus dedos hábilmentete por los números y, en cuestión de segundos, se puso el teléfono en la oreja para hablar por él.

—¿Comisario? Soy Ryan.

Al otro lado de la línea, Gordon se sorprendió.

—¿Por qué me llamas por el teléfono de Brooks, Jim? Y más cuando apenas hace unos minutos hemos hablado por radio.

—Para evitar que nadie nos escuche.

El silencio en la línea fue revelador para Ryan, Gordon estaba a la escucha de cualquier cosa que él tuviera que decirle.

—Sabemos dónde se esconde Orpheon.

—Pues mande a todos los hombres a por él y...

—No, eso no puede ir así —dijo Ryan interrumpiendo a su jefe—. Es un tipo listo y está preparado, si aparece la caballería volverá a escaparse y desaparecerá.

—Entonces, ¿qué propones?

—Déjenos ir a Sam y a mí en solitario.

—Ni pensarlo —espetó Gordopn.

—Es la única manera, jefe.

El otro gruñó por el auricular.

—Denos una hora, solo una, si no tiene noticias nuestras mande a todo el mundo, a la guardia nacional y al ejército si quiere.

El comisario volvió a gruñir, pero estaba dudando, conocía lo suficiente a Ryan para saber que todo aquello lo decía con conocimiento de causa.

—Está bien —accedió finalmente Gordon.

Ryan había conseguido lo que quería, por lo que cambió de tema.

—¿Brown y Rodríguez están en la comisaría?

—No.

—¿No?

—No, ya le he dicho que no. Hace un rato se han despedido y se han ido.

—¿Sabe dónde?

—Ni la más remota idea. No podía retenerlas, y menos a la fiscal.

—Maldita sea —masculló Ryan sospechando lo peor, pero no dijo nada más.

En su lugar, fue Gordon el que preguntó:

—Por cierto, ¿pero se puede saber dónde coño se esconde ese gusano de Orpheon?

—En las ruinas del Crystal Resort.

—Me cago en la…

Pero Ryan no oyó el final, cortó la línea y le devolvió el teléfono a Sam.

—Vamos, tenemos una hora para resolver esto.

Sam sonrió.

—Terminemos con esto.

Los dos policías abandonaron el edificio y se montaron en su coche, fundiéndose entre el tráfico de media tarde.

***

Las ruinas del que fuera el futuro gran Crystal Resort aparecieron en el horizonte como un antiguo castillo encantado. A lo lejos parecía que el tiempo no hubiese pasado, incluso se podía decir que el edificio todavía mantenía el encanto

con el que tenía que brillar a principios de los noventa. Sin embargo, a medida que uno se acercaba y se fijaba en los detalles, veía que el tiempo sí que había pasado y no para bien. El Crystal había se ha estropeado, no envejecido.

Después de lo que sucedió aquella noche de finales de primavera diez años antes, la junta que dirigía la empresa propietaria del *resort* había hecho cuanto había estado en sus manos para que este abriera a pesar de todo. Pero, por mucho que insistieron, les fue posible llevar a cabo la gran inauguración. Durante seis meses se buscaron constructoras que se hicieran cargo de la rehabilitación del edificio para abrirlo cara a la campaña de Navidad, pero todos los equipos con los que contactaron se negaron a intervenir en él. La historia de lo que había sucedido había corrido como la pólvora y nadie quería poner los pies dentro del Crystal. Por lo que, a pesar de todo el dinero que llegaron a ofrecer, no pudieron echar adelante el proyecto.

Tras los intentos fallidos de retomar el negocio, se intentó vender el terreno, pero sucedió lo mismo, nadie no lo quería ni regalado. Finalmente, tras largas negociaciones, se tomó la decisión de cerrar el edificio. Se encontró un equipo local dispuesto a llevar las pocas tareas que hacían falta durante las horas de sol. Se tapiaron las ventanas y las puertas y se levantó una cerca de alambre de dos metros de alto que impediría el paso a cualquier visitante. Desde entonces, el Crystal había permanecido como un fantasma de lo que fue como centro comercial y de lo que pudo ser como hotel de lujo.

Esa fue la estampa que se encontraron Ryan y Sam cuando su coche asomó por la colina que llevaba hasta las ruinas.

—No había regresado aquí desde aquella noche —susurró Sam con la boca seca.

—Ni yo, chico, ni yo.

Ryan asintió y sintió un estremecimiento por todo su cuerpo. Todos los recuerdos de aquella fatídica noche se agolparon en su cabeza, abriéndose paso y provocando que el miedo empezara a apoderarse de su cuerpo… pero no permitiría que eso sucediera.

—A pesar de las tres víctimas —empezó a decir el teniente de policía—, piensa que el hombre al que perseguimos no es Daniel Creek.

Sam lo miró de reojo, parecía que Ryan dijera eso no solo para animarlo a él, sino también a sí mismo.

—Por lo que no debemos temer nada, y mucho menos pensar que nos enfrentaremos a un monstruo como al que tuvimos que hacer frente hace diez años.

—Eso espero, jefe... eso espero.

El coche se acercó hasta la valla que recorría todo el perímetro y que incluso cercaba el antiguo aparcamiento del centro comercial, y Sam lo detuvo en la zona más cercana a lo que había sido la entrada principal del Crystal.

—Todo parece estar como debería...

Las palabras de Sam que observaba el edificio desde su asiento se vieron rotas cuando, al bajar, los dos policías vieron que no estaban solos. A pocos metros de su coche había otro coche, pero no el turismo oscuro que conducía Orpheon en las imágenes de la tienda de bricolaje, sino un todoterreno grande y elegante, cuya propietaria los observaba apoyada en el capó.

—Por fin —espetó Tina Rodríguez con una sonrisa socarrona—, sí que habéis tardado.

Emily Brown, de pie a su lado, los saludó con la palma de su mano.

Ryan, que ya sospechaba que aquellas dos mujeres no se habrían cruzado de brazos ante la amenaza, protestó:

—No deberíais estar aquí.

—¿Por? —preguntó Emily.

Los cuatro se reunieron a una medida equidistante de los dos vehículos y se miraron.

Ryan no tenía réplica, salvo por la excusa de que era un «asunto policial», Sam y él estaban tan implicados personalmente en el caso como Emily y Tina.

—Esto también nos incumbe, teniente.

Ryan, que hasta entonces mantenía una postura tensa, relajó los hombros y se atusó el bigote.

—Está bien, está bien. —Hizo una pausa y cogió aire—: El comisario me ha dado una hora antes de que envíe a la caballería, por lo que no deberíamos entretenernos con discusiones absurdas.

Los otros tres asintieron.

—¿Algún plan? —preguntó Brown.

—Nada en concreto —respondió Ryan—. Entramos, inspeccionamos el lugar y, con suerte...

La fiscal interrumpió al policía al desenfundar y mostrar su arma.

—Terminó el trabajo que empecé esta mañana.

—Esto no es muy propio de una fiscal —dijo Sam.

—Lo sé, pero esta tarde la fiscal está fuera de servicio.

Ryan esbozó una sonrisa, estaba claro que aquellas dos mujeres eran de armas tomar y no se andarían con rodeos… pero él tampoco, no permitiría que un loco que quería imitar a otro peor convirtiera la ciudad en su coto de caza personal. Por lo que lo haría salir de su madriguera y, si hacía falta, le haría saltar la tapa de los sesos de un disparo.

—Está bien, vamos a por él —anunció el teniente.

Sin mediar palabra, empezaron a recorrer la cerca en busca de la entrada de la verja, hasta que en su lugar encontraron una obertura hecha con tenazas lo suficientemente grande como para que un coche, concretamente un turismo oscuro, pudiera pasar… exactamente igual que el que estaba aparcado tras una de las paredes exteriores del edificio en ruinas.

—El coche —anunció Sam.

Ryan asintió y, sin detenerse, encabezó al grupo hacia la puerta principal.

Aunque en la distancia parecía estar bloqueada por grandes tablones de madera, cuanto estuvieron más cerca pudieron comprobar que estaban sueltos y que solo hacía falta cogerlos y moverlos hacia un lado para acceder al interior del Crystal.

Los policías así lo hicieron y Ryan fue el primero en cruzar el umbral. A pesar de todo lo que había vivido en el interior de aquel edificio, su experiencia profesional le había permitido no sentir nada al acceder allí, pero los otros tres dudaron a sus espaldas.

—¿Vamos? —preguntó en un susurro.

Sam tragó saliva e hizo de tripas corazón para seguir a su jefe, sin embargo, las dos mujeres, sobre todo Emily, se lo estaban pensando más de lo esperado.

—¿No ibais cargaros a ese tío? —preguntó Ryan.

—Y lo haremos, pero comprenda, teniente, que a pesar de los años, lo que vivimos aquí fue algo bastante… traumático —explicó Tina cogiendo del brazo a su amiga.

—Como nosotros.

—Pero usted entró aquí como policía, nosotras no éramos más que unas

crías.

—Lo sé, lo recuerdo, pero todos tenemos cargas sobre nuestros hombros, como el compañero al que perdí a manos de ese tarado, así que si queréis participar de la «cacería», adelante, no hay tiempo que perder. Si no, Orpheon se escabullirá y, seguro, que volverá a hacer de las suyas aquí o en otra ciudad.

Ryan miró a Tina y Emily frunciendo el ceño. A él tampoco le gustaba estar allí, pero a pesar de su deseo personal de acabar ya con aquella pesadilla, también había un deber como agente de la ley inculcado en la academia que quería cumplir.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada, una de esas en las que se dice de todo pero en la que no se articula palabra alguna y, tras unos segundos de incertidumbre, cruzaron el umbral junto con los dos policías.

Sam y Ryan sacaron sendas linternas y las empuñaron como habían aprendido años atrás junto con sus armas, para enfocar en la más terrible oscuridad del interior del Crystal. No había nada que insinuara que no estuvieran solos. Runa y restos de la deflagración de 1992 por todas partes, polvo flotando en el ambiente, un horrible silencio que los había envuelto como había sucedido las dos noches en el que aquel lugar se convirtió en el infierno, pero nada más.

—¿Nos separamos, jefe? —preguntó Sam.

—Por el momento no, exploraremos esto hasta dónde podamos y, después…

Pero las palabras de Ryan se vieron interrumpidas cuando todas las luces del edificio se encendieron con un potente chasquido.

—¡Joder! —exclamaron los cuatro al unísono al ser deslumbrados.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la nueva luz, los dos policías soltaron sus linternas y empuñaron sus armas apuntando hacia todo su perímetro. Instinto profesional.

De repente, una carcajada rebotó por todas las paredes y, antes de que desapareciera su eco, una voz aguda, chillona y alegre dijo:

—Por fin habéis llegado. Os esperaba. Ahora, ya puede comenzar el juego.

8

Aunque nunca la habían escuchado, en seguida todos supieron que pertenecía al hombre que había puesto en jaque a la policía y a la ciudad entera de Colorado Springs: Leroy Orpheon... El nuevo reponedor.

Instintivamente, los cuatro acercaron sus espaldas y miraron hacia todas direcciones, a la espera y a sabiendas de que la amenaza podía surgir de cualquier lugar.

La voz soltó una risilla de satisfacción.

—Bien, bien, bien —continuó—: Habéis venido todos. Martina Rodríguez, Emily Brown, James Ryan y Samuel Brooks. Los cuatro supervivientes. —Rió—. Veo que al final ninguno de los cuatro ha podido resistir la tentación de hacerme una visita, ¿eh? —La pregunta era claramente retórica, nadie respondió—. Así que sed bienvenidos a mi hogar, al hogar del reponedor.

Ryan y Sam intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Por dónde debe hablar? —preguntó en un susurro el más joven.

—Por un sistema de megafonía, y nos ve por uno de cámaras —explicó Ryan apuntando con la mirada hacia diferentes puntos de la pared en los que se veían altavoces y cámaras.

—Como suponíamos, se trata de un tipo listo.

—Y peligroso.

De nuevo, una carcajada resonó por todas partes, desestabilizando los nervios de los cuatro.

—¿Sabéis que cuchichear es de mala educación? Por mucho que seas policía —espetó Orpheon.

Ryan y Sam no dijeron nada, sabían que lo mejor era intentar mantener la calma y dejar que fuera el asesino el que mostrara sus cartas.

—Seguramente os estaréis preguntando el porqué os he querido reunir aquí, a los cuatro, ¿no?

De nuevo, una pregunta retórica

«¿Puede que nos vea, pero que no nos escuche?», se preguntó Ryan.

—La respuesta es muy sencilla —prosiguió Orpheon—, simple y llanamente porque quiero terminar lo que no pude hacer hace diez y doce años.

Todos fruncieron las cejas, desconcertados.

«Se cree que es Daniel Creek», se dijo el teniente que, poco a poco, iba creando un perfil de Leroy Orpheon en su cabeza.

—¡Tú no eres Daniel Creek! —exclamó Emily Brown, para sorpresa de los demás—. ¡Tú no mataste a nuestro amigos!

La voz chillona no dijo nada. A pesar de que Emily lo había increpado y, seguramente desde su punto de vista, insultado, no dijo nada.

—¡No eres más que un mierda! —continuó Emily.

—Te quieres callar —protestó Tina a su oído.

—¿Pero no teníamos que hacerlo salir de su madriguera? —dijo Emily con una sonrisa pícara.

Ryan asintió.

—Pero no de ese modo —le dijo—, lo estás provocando.

Sin embargo, antes de que Ryan pudiera detener el plan de Emily, desde una de las puertas de acceso al vestíbulo del Crystal, apareció una figura. No era muy alta, tenía el cabello oscuro y la cara corriente. No había nada en ella que destacara, salvo por lo que parecía ser un uniforme del supermercado que había en el centro comercial.

—Ese uniforme… —masculló Ryan, que lo identificó de inmediato como el mismo que debió lucir Daniel Creek cuando trabajaba allí.

«Pero por la edad de este tipo, no puede ser un compañero de trabajo…», pensó mientras la figura de Leroy Orpheon se acercaba a ellos.

Los policías y la fiscal no dudaron en apuntarlo con la pistola.

—¡Quieto ahí, Orpheon! —exclamó Tina.

—¡Manos a la cabeza y de rodillas! —vociferó Sam.

Ahora fue Emily la que soltó una carcajada sin dejar de mirar a Orpheon, que con un gesto compungido no dejaba de observarlos, con los hombros caídos y las manos a su espalda.

—¿Lo ves? No eres nadie —le escupió sacando todo lo que había acumulado durante los años pasados—. Te crees que por matar a unos mendigos ya te puedes hacer llamar el reponedor. ¡Pues no! ¡Solo crees que eres como él, y apenas llegas a la suela de sus zapatos!

Orpheon sonrió y se detuvo a media docena de metros de ellos.

—¿Has terminado, Emily?

La mujer no dijo nada, la calma con la que estaba reaccionando Orpheon la empezó a asustar.

—¿Estás segura de todo esto que has dicho?

Emily frunció el entrecejo con furia.

—¡Sí! ¡Lo estoy!

—Muy bien…

Con la articulación de la última letra, Orpheon hizo un rápido movimiento y lanzó algo con su mano derecha que salió volando, recorriendo la distancia que lo separaba de Emily y se incrustó en su frente: era un destornillador.

Emily no se percató de nada y, sin tiempo a réplica, se desplomó en el suelo con la mirada perdida.

Tina, consternada por la muerte de su amiga, de su mejor amiga, dejó caer su arma y se arrodilló a su lado para abrazarla.

A los policías le fallaron los reflejos, sorprendidos por la actuación casi estelar de Orpheon y cuando abrieron fuego sobre él, este ya se había esfumado

—Demasiado lentos, teniente e inspector, demasiado lentos —dijo la voz chillona de nuevo por los altavoces.

—Mierda… —masculló Ryan mirando a su alrededor, a la espera de lo que próximo que pudiera suceder.

—Como os he dicho, esto es un juego y Emily ha perdido —prosiguió la voz con malicia—. Debéis encontrar el centro del laberinto y ganaréis… vuestra propia vida.

—No me creo ni una sola palabra —dijo entre dientes Ryan mientras miraba a su alrededor ante cualquier posible señal de Orpheon.

—Ni yo tampoco, jefe —afirmó Sam a su lado.

Tina, arrodillada junto al cuerpo sin vida de su amiga, sollozaba sin parar, abrazándola con más fuerza.

—Es por mi culpa… debería haberme quedado en la comisaría y…

Una nueva carcajada de Orpheon estalló por todo el Crystal.

Ryan preguntó:

—¿Has visto por dónde se ha ido?

—No

—Maldita sea… —Hizo una pausa, usando su mente de policía y dijo—: ¿Y has visto por dónde ha entrado? ¿Por ese pasillo, no?

—Sí, Jim, por ese pasillo —respondió su compañero apuntando con un gesto de la barbilla.

Ryan asintió y los dos policías volvieron a alzar sus pistolas, apuntando hacia el lugar por el que Orpheon había entrado en escena y, probablemente, por el que se había escurrido.

—Vamos a por él —ordenó el teniente.

—No... Yo... Yo... Yo me quedo con ella —sollozó Tina sin levantarse.

Ryan la cogió del hombro.

—Ahora no es el momento —afirmó.

—¡Sí que lo es! —bramó la fiscal, derrotada.

Ryan endureció el gesto, la agarró del brazo, tirando de ella hacia arriba, y la obligó a levantarse.

—No, no lo es —espetó con rabia—. Ya no puedes hacer nada por ella salvo ir a por el tarado que acaba de matarla.

Tina lo miró sorprendida por el genio que gastaba el teniente de policía.

—Así que ahora volverás a coger tu arma y terminarás lo que has dejado a medias esta mañana, ¿estamos?

Tina titubeó, pero, finalmente, irguió su espalda y asintió.

—Eso está mejor —dijo Ryan más calmado y, dirigiéndose a Sam, preguntó—: Por ese pasillo, ¿no?

Su compañero asintió.

Tina se agachó, recogió su pistola y la blandió con profesionalidad. En cuanto estuvo lista, los dos policías emprendieron la carrera tras la pista del nuevo reponedor. Aunque había conseguido arrebatar una vida más, y una de muy cercana, a partir de entonces no los iba a pillar desprevenidos.

Gracias a su juventud, Sam aceleró el paso y se puso en cabeza de la persecución.

—Debe haber una especie de sala de control —dijo Ryan tras él—, un lugar desde el que lo controla todo.

El joven inspector asintió y empezó a examinar tras todas las puertas con las que se cruzaba, pero solo encontraba habitaciones vacías, cubiertas de polvo y poco más, sin que hubiera ningún rastro que seguir.

Tina les seguía los pasos cubriéndoles la retaguardia, por si Leroy Orpheon era tan rastrero como para atacarlos por la espalda.

—Claro… —dijo de repente la mujer—. Ya sé como cogerlo.

Ryan la miró por encima del hombro sin detenerse.

—¿Ah, sí? —le preguntó.

—Emily ha logrado hacerlo salir provocándolo, ¿no?

—Así es, pero eso ha sido demasiado temerario.

—Ya lo sé, pero ahora podemos preverlo.

Ryan la interrogó con la mirada.

—Ahora sabemos que es sensible a los insultos, se ofende cuando se le recuerda que no es Creek y que se envalentona lo suficiente como para atacarnos, pero esta vez estaremos listos.

Al escuchar a la fiscal, Ryan se detuvo en seco.

—Sam, para.

Su compañero acató la orden, pero lo observó desconcertado. Con un gesto, el teniente de policía les dijo a los otros dos que se reunieran con él.

—Debemos fingir que seguimos jugando, que es él el que nos controla. —Sam y Tina asintieron—. Así que debemos buscar lo que él ha dicho que era el centro del laberinto.

—¿Y dónde está eso? —preguntó Sam.

—Supongo que se trata de la sala de control que también buscamos nosotros, nos está retando a encontrarlo. Así que tú sigue tras su pista.

—Pero, ¿cómo? —protestó Sam, a sabiendas de que el tiempo jugaba en su contra—. Habrá centenares de habitaciones y cualquiera puede ser la sala de control…

—Los cables —lo interrumpió Ryan y señaló hacia el techo, donde uno de los altavoces de Orpheon estaba conectado a unos cables—. Busca un altavoz y una cámara y sigue los cables, al final estará él.

Sam asintió.

—¡Ve!

El joven policía se adentró en los pasillos del *resort* en ruinas en busca de hilo de Ariadna que lo conduciría hasta Orpheon.

De repente, Ryan cogió a Tina por los hombros y empezó a sacudirla.

Ella lo miró extrañada.

—¿Quieres provocarlo?

—Sí…

—Pues finge que la muerte de Emily te ha atormentado.

—Lo ha hecho —respondió ella con ojos llorosos.

—Pues saca todo lo que llevas dentro y ve hacia alguna de las salas de actos. Un lugar abierto en el que él no pueda esconderse. Yo te seguiré y te cubriré, fingiendo que trato de que recuperes la compostura, ¿de acuerdo?

Tina, entre las sacudidas de Ryan, asintió.

Súbitamente, Tina dejó caer su arma al suelo y soltó un chillido de desesperación a la vez que se deshacía del agarre de Ryan y arrancaba a correr en dirección contraria a Sam.

El teniente, sorprendido por las dotes interpretativas de la fiscal, se agachó, recogió la pistola y fue tras ella.

«Tal vez debería haber sido actriz en lugar de estudiar derecho», bromeó para sus adentros el policía mientras no perdía de vista a aquella mujer que, a pesar de acabar de perder a su mejor amiga, ahora era capaz de montar un numerito para que el sospechoso asomara la cabeza.

9

Ahora que por un lado estaba Sam buscando a Orpheon y por el otro Tina actuaba como cebo para atraerlo, Ryan tenía dos planes en acción para capturar al asesino que ese Black Friday había aterrorizado a toda la ciudad de Colorado Springs, obligando a la gente a cerrarse en casa en lugar de salir a gastar el dinero... aunque, visto desde según que punto de vista, aquello tampoco estuviera mal del todo.

Sin embargo, ahora, el policía no tenía tiempo para reflexionar sobre el consumismo, ya que a su edad debía mantener el ritmo al perseguir a una mujer casi treinta años más joven que él que llevada por la venganza fingía haber enloquecido y corría como una posesa por los pasillos del que fuera el Crystal Resort aullando como una demente.

—¡¿Me oyes, Orpheon?! —bramó—. ¡Aunque creas que eres Daniel Creek! ¡Aunque quieras ser el reponedor! ¡No lo eres! ¡¿Me oyes?! ¡NO... LO... ERES! —Tina lo estaba dando todo—. ¡Sal y te lo demostraré, pedazo de mierda! ¡Esta mañana he conseguido herirte, pero has huido! ¡Y ahora has vuelto a huir después de cargarte a mi amiga! ¡El reponedor no hubiese huido! ¡Hubiese ido a por la siguiente presa! ¡Pero tú no, eres un cobarde! ¡En cuanto te sientes amenazado, escondes la cola y desapareces!

La carrera, que parecía no tener fin, por fin los llevó a una especie de sala de actos que parecía un pequeño teatro. Un escenario frente a una grada llena de butacas de asientos plegables. Tina se detuvo un segundo en la puerta.

«Esto es lo que buscaba», se dijo antes de reemprender la marcha bajando los peldaños de la grada de dos en dos.

Cuando Ryan llegó al teatro, Tina ya había recorrido la mitad de la grada.

«O no tiene miedo o se ha vuelto realmente loca», protestó para sus adentros resoplando.

Sin correr, Ryan alzó su arma y examinó a su alrededor, era justo el lugar que estaba buscando. Abierto y sin demasiados sitios en los que esconderse. Si Tina había logrado captar la atención de Orpheon, este tendría que aparecer en breve... y Ryan no solía equivocarse en sus planes.

***

Por su parte, Sam seguía los cables de los altavoces y las cámaras sin saber si iba en la dirección correcta o no. Pero, poco a poco, a medida que avanzaba, sintió que su intuición no le había fallado, ya que lo que al principio solo era un cable colgando de la pared, se convirtió en una decena que se iban juntando, formando como una serpiente negra que recorría la pared en silencio.

—Te tengo, hijo de puta —dijo Sam cuando vio que el amasijo de cables desaparecía a través de una puerta.

Cogió aire y, sosteniendo su arma con ambas manos, se abalanzó hacia el umbral para descubrir que en la habitación no había nadie.

—Mierda…

A pesar del fiasco que se había llevado, el hecho de encontrar esa sala lo animó, ya que eso significaba que podría hacer lo mismo que Orpheon hacía desde allí: controlar todo el *resort*. Pero en lugar de utilizarlo para atacarlos, lo haría para ayudar a Ryan y Tina.

Frente a él había media docena de pantallas en la que se proyectaban imágenes en blanco y negro de diferentes puntos de las ruinas del Crystal. Frente a ellas, en una mesa, un panel lleno de botones parecía controlarlas y un micrófono esperaba a ser utilizado para que su voz se emitiera por los altavoces.

Sin soltar su arma y con un ojo en la puerta de la sala, empezó a pulsar botones como un loco. Las imágenes de las pantallas fueron cambiando. Todo estaban vacías de gente, era como si solo viera fotos fijas… hasta que en una de ellas vio lo que parecía un pequeño teatro, por cuyas gradas Tina corría gesticulando con exageración.

«Debe estar gritando», pensó.

Y, en las sombras, entre las butacas, pudo identificar la silueta de Ryan que no perdía detalle de todos los rincones del teatro.

Sam sonrió e intervino.

***

Salvo por los gritos de Tina, el teatro estaba en silencio, hasta que una voz se oyó por los altavoces, pero no era la de Leroy Orpheon, sino la de Sam Brooks.

—Jefe, he dado con la sala de control, pero no hay nadie.

«Genial, lo tenemos dónde queríamos. Viene a por nosotros», se dijo el teniente.

Ryan sonrió, el numerito de Tina había servido para que el nuevo reponedor saliera de entre las sombras para atacarlos… pero ahora Ryan estaba listo para responder a cualquier ataque.

De repente, pero para sorpresa de nadie, el retumbar de unos pasos se escuchó procedente de la parte trasera del escenario y la insignificante e intrascendente figura de Leroy Orpheon apareció no tardó en aparecer sobre las tablas.

—¿Me creéis tan tonto como para caer en vuestras trampas pueriles? —escupió con rabia.

Tina se detuvo de repente y le mostró el dedo corazón.

—Pues bien que has venido hasta aquí, ¿no, tarado?

Orpheon apretó los dientes con rabia y frunció el entrecejo, haciendo que su rostro se contorsionara hasta convertirse en una horrible máscara. Se puso rojo de cólera, como si se estuviera conteniendo, pero no pudo seguir con su plan y de detrás de espalda sacó una pequeño subfusil automático que empuñó con facilidad.

—¡Al suelo, tiene un arma! —bramó la voz de Sam por los altavoces.

Tina pegó un salto y se tumbó en el suelo justo un instante antes de que Orpheon abriera fuego sobre ella. La fiscal sintió como las balas surcaban el aire sobre su cabeza, incrustándose en las paredes y en las butacas que la rodeaban.

Al ver que su objetivo se había escondido, Orpheon se detuvo y apartó el dedo del gatillo.

—¡No puedes huir, puta! —gritó—. Esta vez no tienes nada con lo que quemar mi cuerpo, para arrojarme al vacío después.

Entonces, un solo disparo retumbó en las paredes del teatro, seguido del grito de dolor de Orpheon y el arma de este cayó al suelo.

—Pero me tiene a mí, escoria.

Era Ryan, que desde su posición oculta había conseguido descerrajar un certero disparo en la mano de Orpheon para desarmarlo.

Agarrándose la mano herida, Orpheon fijó sus pupilas en el policía que aún lo apuntaba.

—¡Quieto ahí o voy a hacer algo más que herirte! —le espetó Ryan.

Orpheon sonrió y corrió hacia uno de los extremos del escenario.

Ryan, sin pensárselo dos veces, abrió fuego sobre él, con la mala fortuna que ninguno de sus disparos lo alcanzó,.

El asesino soltó una carcajada una vez se supo bien resguardado tras las bambalinas del escenario.

Ryan maldijo algo entre dientes y emprendió una carrera por las escaleras entre las butacas, no permitiría que se escondiera de nuevo.

Instintivamente, Ryan gesticuló al aire, con la esperanza de que Sam lo viera a través de las cámaras y comprendiera que le estaba ordenando que buscara el acceso trasero al teatro.

***

En el extremo opuesto del *resort*, Sam vio como el tiroteo transcurría como si fuera una película, maldiciéndose por no poder hacer nada. Sin embargo, en seguida vio como Ryan parecía tener la situación controlada, por lo que aguardó en la sala de control a la espera de saber cual era el siguiente paso a seguir.

En cuanto Orpheon desapareció tras las bambalinas, Sam vio como Ryan hacia gestos al aire, buscando las cámaras con las miradas.

Abrió los ojos como platos y prestó atención a las indicaciones que le hacía con las manos.

—¿Que rodee el teatro…? —se preguntó en voz alta interpretando los gesto—. ¿Que busque una entrada trasera…?

Súbitamente se puso de pie y tiró la silla en la que estaba sentado, para después salir corriendo de la sala control.

—Seré idiota —se reprochó mientras recorría los pasillos del *resort*—, me está diciendo que vaya por detrás a atrapar a Orpheon.

***

Antes de subir al escenario, Ryan miró hacia el lugar en el que se había escondido Tina para cubrirse de los disparos. Seguía allí.

—¿Estás bien?

—Sí… —respondió ella—. Pero podrías haberle disparado a la cabeza, ¿no

crees?

Ryan se encogió de hombros.

—A pesar de todo, sigo siendo policía.

Tina asintió, aunque no lo compartía, comprendía que los años dedicados a proteger a la sociedad le impedían a Ryan a acribillar a un hombre, por culpable que fuera.

—¿Qué hago ahora?

Ryan dudó, debería sacarla del *resort* y que esperara a la caballería en la puerta para informarlos, pero sabía que Tina no se escondería como una cobarde. Así que tuvo que claudicar antes de que ella protestara.

Le lanzó su pistola.

—Cúbreme las espaldas.

La fiscal reconvertida en ayudante de policía cogió la pistola al vuelo y se unió a Ryan.

—Pero harás lo que yo diga, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

Los dos subieron los pocos peldaños que daban acceso al escenario y Ryan hizo un gesto para que se separaran. Él iría por dónde se había escurrido Orpheon, ella iría por el otro extremo. Lentamente, los dos accedieron a la parte trasera del escenario: una gran sala en la que solo había las algunas burras preparadas para colgar el vestuario de alguna obra, algunas mesas polvorientas, un par de grandes cajas y una puerta de doble hoja en la pared opuesta. En un primer instante, tuvieron la sensación de que estaban solos. Ninguno de los dos vio a nadie más que no fuera a su compañero… hasta que Ryan se percató de unas huellas en el suelo. Eran de pies arrastrándose hasta una de las cajas.

Ryan miró a Tina y la aviso de que fuera con cuidado con una penetrante mirada, a la vez que apuntaba con la barbilla hacia la caja.

Pero no hubo demasiado tiempo para prepararse, ya que el siguiente ataque de Orpheon fue de repente.

Sin miedo a que Ryan y Tina dispararan sobre él, el nuevo reponedor saltó de detrás de la caja en la que se escondía empuñando un escopeta con el cañón recortado.

—¡Se ha acabado el juego, amigos!

Y disparó, pero demostró que no solía ir armado y, mucho menos, con armas

de ese calibre, ya que falló el tiro por muchos metros y el retroceso lo tiró de espaldas al suelo.

Tina y Ryan habían saltado a un lado, buscando cobertura, pero en seguida comprendieron que Orpheon los había sorprendido pero no derrotado. Se incorporaron rápidamente y apuntaron hacia él con sendas pistolas.

—¡Ya está bien, Orpheon! —espetó Ryan—. Has perdido, tu juego ha concluido, hemos encontrado el centro del laberinto y te hemos atrapado.

Él soltó una carcajada de rabia.

«Que el plan le haya fallado lo consternado todavía más», se dijo Ryan sacudiendo negativamente la cabeza. «Está loco por completo».

Orpheon se revolvió e hizo ademán de incorporarse mientras se acercaba a la puerta de salida que tenía a sus espaldas.

—Déjalo ya, tarado —gritó Tina—. Este espectáculo se ha terminado, tú no eres Daniel Creek, no eres el reponedor…

Las palabras de la fiscal se vieron interrumpidas cuando las puertas que Orpheon tenía a sus espaldas se abrieron de par en par de un empujón.

«Sam ha comprendido mis indicaciones», pensó Ryan, pero la silueta que apareció a contraluz por aquellas puertas no era la del inspector Samuel Brooks… no. Esta era mucho más alta, más grande, de espaldas anchas. Tenía unos brazos gruesos y unas manos grandes que colgaban a ambos lados de su torso. Su cabeza, con el pelo muy corto, estaba un tanto ladeada hacia un lado, como la de un perro que intenta comprender lo que le dice su amo. Y, lo que era aún peor, lucía un uniforme de trabajador de un supermercado chamuscado y cubierto de sangre seca.

Una voz ronca, como de no haberse usado en años, salió de las entrañas de aquella bestia para anunciar:

—Pero yo sí que soy el reponedor.

10

El teniente James Ryan, la fiscal Martina Rodriguez y el asesino de mendigos Leroy Orpheon se quedaron estupefactos, literalmente de piedra cuando ante sus ojos apareció la imponente figura de Daniel Creek, del auténtico reponedor, que, una vez más, regresaba de allá donde se hubiera escondido tras su supuesta muerte diez años atrás.

—No… No… No es posible —farfulló Ryan mientras sus brazos descendían sin fuerzas.

Tina no pudo articular ninguna palabra, solo un sollozo salió de su garganta que intentó controlar y unas grandes lágrimas descendieron por su rostro.

Sin embargo, Orpheon que estaba a escasos metros de Creek, lo miró con adoración mientras empezaba a reír como un loco que ha perdido completamente la cordura.

—¡Síííí! ¡Es él! ¡Eres tú! —dijo sin sentido mientras se olvidaba de la escopeta recortada y se levantaba a la vez que andaba de espaldas a un par de metros delante de Creek.

El reponedor lo observó con su mirada vacía y fría, ladeó un poco más la cabeza y su rostro, en el que siempre se dibujaba una incómoda sonrisa, se contrajo para fruncir los labios y el ceño en un arranque de furia incontrolable.

—Llevo años esperándote… Soy tu discípulo… Quería matar a los que pretendieron terminar contigo y…

Antes de que sucediera lo inevitable, Ryan y Tina compartieron una mirada y empezaron a retroceder de nuevo hacia el escenario, pero no pudieron hacerlo, ya que entonces el que apareció por la puerta del fondo fue Sam.

—Jefe, no he visto a…

No pudo terminar la frase, ya que al ver al reponedor quedó petrificado por el terror de algo que, dentro de su cabeza, jamás podría pasar de nuevo.

—¡Corre! —bramó Ryan, pero fue demasiado tarde.

En un solo gesto, Creek alzó una de sus gigantescas manos y golpeó a Sam en el pecho que salió despedido hacia un extremo de la sala, para caer sobre una de las mesas, que se rompió con su peso, y rebotar contra la pared, antes de quedar tendido en el suelo.

—¡Nooo! —exclamó Tina que ya no podía contener el horror que le estaba recorriendo todo el cuerpo.

Ryan esperó que Sam solo estuviera malherido, pero ahora no podía hacer nada por él, ya que Creek se interponía en su camino hasta su amigo.

Al ver como el reponedor derribaba a uno de los policías que lo perseguía, Orpheon soltó una carcajada y se acercó a su «héroe», pero este le dedicó una mirada de odio incapaz de describirse con palabras.

—Yo he reunido a los que se escaparon de tus garras… —continuó Orpheon —. Quería acabar con ellos… pero en su lugar puedo ofrecértelos en bandeja para que te deleites y…

Las palabras de Leroy Orpheon se vieron interrumpidas cuando Creek alargó una de sus manos y lo agarró por el cuello como si fuera un pollo, haciendo que de su garganta solo saliera un gañido ahogado.

Lentamente, Creek alzó a Orpheon hasta que los pies de este se separaron del suelo y se lo acercó al rostro, para mirarlo aún más fijamente con sus oscuras pupilas.

—Si esto es un laberinto, yo soy el auténtico minotauro —gruñó entre dientes mientras empezaba a apretar con más fuerza su mano alrededor del cuello de Orpheon.

Ryan y Tina permanecieron clavados al suelo, sus cuerpos no sabían como reaccionar y no pudieron evitar ver el horrible espectáculo.

A medida que Creek cerraba su palma, el rostro de Orpheon pasó por toda una gama de colores que fueron del amarillo al púrpura pasando por el naranja y el rojo, hasta que su lengua ensangrentada emergió por su boca y sus ojos se volvieron del revés a la vez que parecía que estuvieran a punto salir disparados de las cuencas.

Un chasquido advirtió a los presentes que Creek le había roto el cuello, pero este no se detuvo, siguió apretando, la sangre emanó de entre sus dedos y, al cabo de unos segundos, demostrando que sus manos eran como tenazas, el cuerpo de Orpheon cayó al suelo mientras que la cabeza permaneció en las manos del reponedor.

Ryan sintió como una arcada subía por su garganta, pero eso le permitió recuperar el sentido de la realidad y sus piernas por fin se movieron.

Mientras Creek observaba la cabeza de Orpheon en su mano y la dejaba caer

para que rebotase como una pelota deshinchada, Ryan se acercó a Tina, la obligó a levantarse y se la llevó de nuevo hacia la parte frontal del escenario. Los dos corrieron como jamás lo habían hecho... si contar la primera vez que tuvieron que enfrentarse al reponedor, y bajaron las escaleras que conducían la patio de butacas, para después ascender por la grada en busca del camino de salida. Pero antes de que pudieran acercarse a la primera fila, la escena de madera que servía de fondo del escenario, se quebró en mil pedazos cuando Creek la atravesó como si fuera de papel.

Cogidos el uno al otro ambos se exclamaron al unísono:

—¡Corre!

Y reemprendieron la alocada marcha, mientras que el reponedor los perseguía a grandes zancadas.

Salieron del teatro sintiendo los resoplidos del reponedor tras ellos.

«Al menos nos sigue a nosotros y no se ha abalanzado sobre Sam», se dijo Ryan, pero no había tiempo para reproches, si conseguía salvar la piel ya volvería a por su amigo, pero, para eso, primero debía sacarse de encima a aquel monstruo que, sin una explicación lógica, había regresado por tercera vez.

Sin apenas darse cuenta, los pasos los llevaron hasta el vestíbulo del *resort* en ruinas, tal vez uno de los espacios más amplios que había diseñado el arquitecto para que los esperados huéspedes se encontraran con un lugar impresionante ante ellos. Frente a ellos estaba la puerta de salida, por la que habían entrado un rato antes, a un lado había el mostrador y no demasiado lejos estaba el cuerpo sin vida de Emily, que parecía esperar a Tina.

Fue al ver lo que quedaba de su amiga, que la fiscal se detuvo de un frenazo, haciendo patinar sus pies sobre el suelo de mármol.

—No —dijo.

Ryan se detuvo unos metros por delante de ella y la miró.

—¡¿Qué?! —exclamó.

—No, ya hemos huido suficiente —respondió ella—. Esto se acaba aquí y ahora.

Ryan la observó, quiso protestar, pero sabía que la fiscal era de ese tipo de personas a las que no les gustaba dar la espalda al peligro. No, ella era de las que prefería mirarlo a los ojos y enfrentarse a él. Y, en ese momento, el peligro tenía nombre y apellidos: Daniel Creek, alias el reponedor.

—Está bien, ¿qué tienes en mente? ¡Rápido!

Tina sonrió, le gustaba saber que contaba con la ayuda del policía.

—Nos cambiamos los papeles, tu distráelo y yo me ocupo del resto.

Ryan parpadeó, procesó la información y, finalmente, asintió con firmeza.

—De acuerdo, pero no me falles.

Tina no dijo nada más y se escurrió por la puerta que había detrás del mostrador justo cuando el reponedor hizo acto de presencia en el vestíbulo.

Ryan tragó saliva y hubiera rezado a algún dios si hubiese sido creyente.

—Valor y al toro, chico, valor y al toro —se alentó mientras relajaba los hombros.

Sin previo aviso, como siempre había atacado el reponedor, el monstruo con rostro humano clavó su mirada en Ryan y arrancó correr hacia el policía que, con los pies clavados en el suelo, levantó su arma reglamentaria y vació el cargador contra el enorme objetivo. Sin embargo, a pesar de que no había fallado ni un solo disparo, lo único que consiguió era que Creek ralentizara la marcha.

Con los ojos abiertos como platos, Ryan vio que el único testimonio de sus disparos eran los agujeros que había hecho en el uniforme del reponedor.

«No sangra», pensó un instante antes de que el monstruo se abalanzara sobre él.

A pesar de la edad, Ryan reaccionó a tiempo y, aunque Creek llegó a golpearlo, no lo atrapó.

El impacto fue contundente, el policía salió despedido hacia el extremo opuesto del vestíbulo, cayendo con un estrépito en unos rancios sofás, sobre los que se levantó una nube de polvo.

Con la sacudida, Ryan perdió su arma, palpó el suelo a su alrededor mientras tosía al tragar todo ese polvo que ahora flotaba a su alrededor.

—Soy demasiado viejo para esto —protestó entre dientes sabiendo que empezaba a repetirse.

Tras unos segundos de incertidumbre y nervios, los dedos de su mano derecha asieron la culata de su pistola mientras que la izquierda buscaba en el interior de su chaqueta un cargador. Con habilidad, cambió el cargador y alzó su arma, pero cuando apenas había tenido tiempo de buscar a su objetivo, este se presentó frente a él.

Tirado en el suelo y frente a la imponente figura de Creek, Ryan sintió como el

miedo se apoderaba de él, sabía que había llegado el final y solo pensó en una cosa: apretar el gatillo.

Sin embargo, antes de que pudiera accionarlo, algo descendió con furia sobre la cabeza del reponedor, haciendo que este detuviera su avance.

Ryan no vio que era, pero sí que observó como volvía a golpearlo con furia.

Fue la tercera vez que lo que fuera que sacudió la nuca de Creek, cuando Ryan pudo escuchar como un alarido de ira resonaba en el vestíbulo. Era Tina.

El policía se apartó de su atacante arrastrándose por el suelo, mientras la fiscal descerrajaba un golpe tras otro de martillo sobre la cabeza de Creek, que si bien no se había derrumbado, tampoco se movía.

—¡Estoy harta de ti...! —exclamó.

Un golpe precedió a un crujido de huesos rotos.

—¡De tus malditos retornos...! —siguió gritando Tina.

Otro golpe hizo que, por fin, el gigante se tambaleara.

—¡Y de tus jodidos imitadores...!

El siguiente golpe se llevó por delante la parte trasera del cráneo de Creek.

—¡Voy a acabar contigo...! —exclamó la fiscal antes de un nuevo golpe con el que el reponedor, por fin, dobló las piernas—. ¡De una vez por todas!

Finalmente, después de que sus rodillas tocaran el suelo, el monstruo se derrumbó y cayó de bruces contra el suelo.

De un salto, Tina se sentó a horcajadas sobre la espalda de Creek y retomó su enfurecido ataque contra la cabeza del reponedor, aplastándola como un melón. Con cada impacto, la cabeza del temible asesino se convertía en un amasijo, en una papilla de huesos, sesos y sangre, hasta que, literalmente, no quedó más que una masa amorfa de restos humanos.

Tina se levantó jadeando por haber gastado todas las energías en ese ataque, dejó caer el martillo a un lado y escupió sobre lo que había dejado de Creek.

—A ver si ahora te atreves a volver, maldito monstruo.

Dio unos pasos hacia atrás y se dejó caer al suelo, en el que se estiró mientras recuperaba la respiración.

Unos instantes después, Ryan se acercó a ella cojeando y con una mano rodeándose el estómago, mientras que la otra se la ofrecía a la fiscal para que se levantase.

—Recuérdame que nunca me enfrente a ti en un juicio —bromeó el policía.

Cuando estuvo de pie, Tina lo observó.

—¿Estás bien?

—Eso parece, tal vez alguna costilla rota, pero sobreviviré.

Al oír aquella palabra, Tina miró hacia el lugar en el que estaba el cuerpo de Emily.

—Ahora, sí, ve con ella —dijo Ryan.

—No, esta vez este cabrón no me va a engañar —respondió Tina—, yo no me muevo de aquí hasta que llegue la caballería y se lo lleven en dos partes: el cuerpo en una bolsa y la cabeza en un tarro de conservas.

Ryan sonrió.

—No te preocupes, yo lo vigilo.

Tina respiró hondo y dejó de ser la tipa dura que siempre había sido, y se permitió el derecho a estar triste mientras velaba a su amiga de toda la vida.

Ryan buscó uno de los polvorientos sofás con la mirada y se sentó en él sin perder de vista lo que quedaba de Daniel Creek. Parecía que, por fin, la pesadilla había terminado.

—¡Jim! —la voz de Sam lo sobresaltó, su joven amigo y compañero apareció en el vestíbulo tan magullado como él.

—Estamos aquí, Sam, estamos aquí.

El inspector se acercó a Ryan y miró el cuerpo sin vida del reponedor.

—¿Es él?

Ryan asintió.

—¿Has sido tú?

—No —respondió satisfecho Ryan—, ha sido la fiscal de Colorado Springs.

Sam sonrió y, señalando el sofá, le preguntó a su compañero:

—¿Hay espacio para uno más?

—Tanto como quieras, amigo.

Sam se dejó caer al lado de Ryan.

—¿Estás bien? —preguntó el más viejo.

—Estoy vivo —respondió el más joven.

Y ambos se relajaron en aquel ruinoso lugar, mientras que el melodioso sonido de las sirenas de policía empezaba a escucharse en el exterior.

***Reponedor 3**: Black Friday*
Escrito por Laia García con la colaboración de Francesc Marí.
LASDAOALPLAY? Books — lasdaoalplay.com/books
Editado en Sant Joan Despí, noviembre 2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de dichos derechos podrá ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

lasdaoalplay.com